

Nº22 Enero 2024



“¿A dónde vas?” susurran los senderos.
“¿Qué persigues?” inquiera un sauce añejo.
Camino hacia ese cielo de agua
con nubes de terciopelo como nidos...

Zulma Martínez

En este número

ESPECIAL POESÍA HOY 6:

Covadonga Iglesias:

“ESTAMOS
PERDIENDO LA
CAPACIDAD DE
CONCENTRACIÓN”

PEPA GOROSTIDI
D'ESO D'AHÍ (RAFA CORDERO)
Obras finalistas del concurso
ilustración Caminante 2023

DANA BOTTI
ANITA LAFENIA
ESTIVEN MEJÍA MARÍN
YURAIMA TRUJILLO CONCEPCIÓN
EL RINCÓN DE CRISTIANE
ALFONSO BARROSO VALERO
FERNANDO BUSTOS ODZOMEK

TETÉ ESPERANZA
DANY ADATTO
RINCÓN DE LA PATRIA CHICA
MENTANEGRA

ISABEL ARROYO ANGUITA
BEGOÑA M. RUEDA

VICTOR HUGO TOLEDO
CLAUDIA IZQUIERDO

VALENTINA CREUS
MAR PAZOS

MIRNA PAZ VIOLA

Visítanos en
facebook:
Página “Revista
caminante” y
participa en el grupo
“revista caminante”

Pepa
Gorostidi

Sueños Imposibles

Cuando eclosioné dos ojos marrones me miraban atentamente. Parecían sorprendidos y alegres, y yo también me alegré de no estar solo en ese momento tan importante de mi vida. Me deshice de aquella sustancia gelatinosa que me rodeaba y empecé a nadar liberado del huevo que me mantuvo preso tanto tiempo. El agua era cristalina y los ojos me observaban por encima de ella. El dueño de los ojos se llamaba Alan y, pese a parecerme gigantesco, descubrí que en aquella casa había seres aún más grandes que él. Sin dejar de observarme, dejó caer sobre el agua pequeños trozos de lechuga. Estuve un buen rato persiguiéndolos por la pecera hasta que finalmente acabé con todos. No sé cómo supo que estaba hambriento, pero se lo agradecí con toda mi alma. De pronto, apagó la luz y se fue dejándome solo. El agua me abrazaba con sus brazos imaginarios y me mecía en silencio para que no tuviera miedo.

La claridad me sacó de mi sueño o de mis pensamientos de renacuajo o de dondequiera que me hallara. Alan regresó con otro gigante y volvieron a echarme lechuga y otras cosas verdes en el agua. Gracias, pensé, estaba hambriento otra vez. Estuvieron un buen rato observando mis movimientos y volvieron a dejarme en la oscuridad. Perdí la cuenta de las idas y venidas de Alan.

A veces solo, a veces acompañado, pero siempre provisto de una buena porción de apetitosa lechuga o algo similar. Los días pasaban despacio y yo lo esperaba entusiasmado en mi pecera privada, en mi agua fresca pero cálida que me reconfortaba y acariciaba mi diminuto cuerpo, llenándome de vida y de paz.

Alan se convirtió en mi mejor amigo; en realidad, se convirtió en mi único amigo. Qué afortunado soy, pensé. Soy el renacuajo más feliz del universo. Tengo un amigo que se preocupa de que tenga suficiente comida y abundante agua para vivir. Y, además, me encantaba su sonrisa curiosa e infantil. Le daba los buenos días y también le sonreía, y le lanzaba mi mensaje a través de diminutas burbujas cristalinas que subían entre los restos de lechuga que flotaban por la superficie.

Hasta que un día, Alan no llegó a la hora acostumbrada y empecé a preocuparme. Me moría de hambre. Me preguntaba qué habría podido sucederle, jamás me había dejado sin mi ración de vegetales. Nadé desesperado, de un lado para otro, rebuscando algo que llevarme a la boca y, sobre todo, intentando tranquilizarme.



El agua me abrigaba el alma, pero la puerta seguía cerrada y todo estaba oscuro. ¡Alan!, dije en mi desesperación, ¿estás bien?... y un par de burbujas enviaron mi mensaje a ninguna parte.

Ojalá pudiera ir yo mismo en su busca, me repetía; ojalá pudiera salir del agua y averiguar qué le ha sucedido. Quizá me necesite. Él no me abandonaría a mi suerte, los amigos no hacen eso. Ojalá pudiera ir yo mismo en su busca, insistía una y otra vez... Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas poder reunirme con él.

Nadé y nadé obsesionado con la forma de poder salir del recipiente que estaba empezando a convertirse en mi lecho de muerte y, agotado por tanto movimiento, el sueño fue

apoderándose de mí.

Y soñé que me crecían patas y que mis branquias eran sustituidas por pulmones para poder respirar aire, y que de un brinco salía de mi húmedo habitáculo e iba en busca de mi amigo, de mi único amigo.

Cuando desperté sobre el frío suelo de la habitación, descubrí entusiasmado que mi sueño se había hecho realidad. Así es como aprendí que la amistad hace reales los sueños imposibles.

editorial Sobre la revista...

"¡Hola Daniel! He compartido tu revista como me pedías y de camino he estado ojeándola un poco. Sin entrar en los contenidos, que no soy quien para juzgarlos, si me gustaría sugerirte la posibilidad de trabajar el diseño y la maquetación que en eso si domino un poco más. Te mando algo sencillo, sin querer cambiar demasiado lo que tenías para que tú lo valores y si te interesaría que ahondáramos en ello.

Otra cosa sería entrar en una maquetación completa. Habría que ajustar secciones, reglamentar tipografías y colores, cabeceras, tal vez un logo/nombre de revista más adecuado sobre tus ideas, etc. Desconozco todo sobre los contenidos y por eso no me atreví con grandes cambios. Yo haría una portada al uso, con solo titulares del interior, tal vez con una imagen central o varias pequeñas, y descartaría un texto largo en ella reservando al interior. Veo que descartas la publicidad cosa que también deja más espacio y libertad de diseño. En definitiva, te mando una idea muy simple para que tengas en cuenta que se puede mejorar la estética con un poco de diseño. Solo es una sugerencia que espero no te tomes a mal. ¡Un abrazo!"

Muchísimas gracias por tomarte la molestia de opinar y hacer un ejemplo, que me ha encantado. Sé que desde el punto de vista de diseño y maquetación se puede mejorar hacia sensibilidades más modernas. Pero a mí me gusta como es y no quiero "reglar" las tipografías y secciones y puede hacerse verdaderamente digital, como hipertexto, lo cual lo mejoraría aún más. Te agradezco tu opinión, que en absoluto me ofende y te digo que me gusta así. No eres el primero que opina al respecto e incluso me han hecho o sugerido ofertas para mejorar el producto, siempre en la idea de hacerlo más profesional.

A día de hoy, la Revista Caminante es simplemente el pasatiempo de un jubilata que soy yo, con un concepto diferente, más personal y menos profesional. Y por supuesto me gusta hacerla en papel (la hago para mí y originalmente así era). Aun así también he recibido felicitaciones por como es y por eso no quiero cambiarla hacia un producto más estándar, y profesional, que se escape de las manos.

Otra cosa es si fuéramos un equipo. He buscado gente y al final siempre me convence más lo mío por el hecho de estar bajo control. Pero sí me gustaría hacerla crecer y poder pedir una subvención para llegar a más gente. El ejemplo que me has mandado me ha parecido precioso. Destaca el nombre de la revista demasiado, pero me gusta cómo te ha quedado. Pero te repito que no quiero hacer números estandarizados de diseño profesional. Eso no es el espíritu de Revista Caminante, tal como la concibo. Iré haciendo cosas diferentes y tratando de crecer pero en general no me gusta lo estandarizado.

Un abrazo.

Nº 20 NOVIEMBRE 2023

Caminante

Revista de Creación Literaria y Gráfica

EN este número:

ELENA RIVERO BARRERA
 FERNANDO BUSTOS ODZOMEK
 RUBÉN MARTÍN
 JORGE DE SANTAELLA
 NICOLA J. SABROSO PALOMINO
II CONCURSO ILUSTRACIÓN
 DANY ADATTO
 ELENA HERNANDO PUENTE
 MAX VALOIS
 ISABELLA MARINELLI
 CARLOS E. GUEDEA
 JORGE ETCHEVERRY
 ADELA ORELLANA
 ESTEBAN RODRÍGUEZ ARROYO
 EDINSON MARTÍNEZ
 CHRISTIANE VENTRE
 CARLOS ENRIQUE BLANCO
 MIGUEL PANISELLO PLA
 ANTONIO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ
 EROS
 GABRIEL ALBASINI
 MATEO MADSON
 INGRID LEVY
 JORGE SANTHOS



Hace años que vivo en el faro acompañado por el mar con sus olas azules, a veces tempestuosas, otras veces en calma. De vez en cuando, habitantes de un planeta lejano me visitan, son recuerdos de la infancia que caminan junto a mí ya que, soy el responsable que vayan a mi lado, mirándome como polizontes asustados. Algunos dicen que tenemos una breve eternidad que nos permite durante la noche, ver el futuro o el pasado, como sea porque desde aquella aparición sobre las aguas del mar, ya no distingo el cielo del infierno; los niños del lugar me llaman: El guardián del faro pero, ya no se acercan como antes. Son las tres de la madrugada, levanto mi vista al cielo, a estas horas las estrellas parecen afebradas y, el parpadeo de sus corazones de diamantes es muy agitado presienten quizás, el peligro que está embalsamado en el espacio o, temen al igual que yo, su derrota con la llegada del amanecer. Entonces decidí bajar por la sinuosa ladera que rodea al faro y, con gran asombro mis ojos mortales se detienen ante siniestra isla de tierra neutra.

(Daniel Molina Ruffini)



Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº22 Enero 2024

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros
Distribución gratuita via email a los 5 continentes,
previa solicitud. 450 lectores directos,
3108 seguidores en facebook

La Revista Caminante
no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

ESE D'ESO-D'AHÍ



Volvemos a España, a Alcalá de Henares, donde nos recibe nuestra protagonista en forma sencilla :
tomando algo durante la entrevista en una terraza junto a la Universidad



ESPECIAL
POESIA HOY 6

“Es obligado

denunciar los

males del mundo”

Covadonga

Iglésias

1 ¿Cómo llegaste a la poesía?

Desde pequeña, sobre los 14 años y fue porque lo tenía en casa y mi hermano tenía esos libros: Neruda fue el primero, sin duda, y la generación del 27. Todo eso me atrapó, me cautivó y empecé a escribir a mi manera. Luego descubrí a Miguel Hernández y ya fue definitivo.

2 ¿Qué poetas te han influido o admiras?

Esos y Pepe Hierro que es uno de los máximos, Octavio Paz, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, ...te puedo decir incluso Sylvia Plath, las he leído mucho. Benítez Reyes, Panero, y por supuesto Lorca, Gerardo Diego o Alexandre. De los últimos Francisco Brines o Luis García Montero con su poesía social. Pero toda la generación del 27, desde luego, no podría elegir uno más que otro. Al final lo que escribimos es, inconscientemente, lo que hemos leído.

3 ¿Es preciso ser inadaptado para ser poeta?

Por supuesto que no, ya que no serías un buen poeta. Tienes que adaptarte, conocer, criticar e inmiscuirte en la sociedad y de ahí sacar tu lectura poética, hacer tu reflexión.

4 ¿Para qué sirve la poesía?

Principalmente, para conocerse mejor uno mismo, que creo que es uno de las cosas principales de hombres y mujeres, de sus dificultades y de sus objetivos al llegar a la tumba. Como la filosofía, y lo que tú sientes de lo que te pasa y de lo que pasa en el mundo. Desde tu visión poética, con tu lenguaje particular y proponer cosas.

5 ¿La poesía debe denunciar los males del mundo?

Es obligado sino quedaría como un reducto de poetas. Y en vuestra revista he observado que lo hacéis, intentar hacer crítica de la actualidad, desde tu visión poética, una manera de usar las palabras, con metáforas.

6 Háblanos de tus libros

Realmente no tengo. Esto son consecuencia de unos poemas que escribí de enero a abril de este año. Tengo otras cosas y he estado informándome, pero creo que aún me falta proyección para alcanzar mi voz propia. Seguir leyendo más y hacer cursos.

7 ¿Hay una idea en tus libros que quieras transmitir con ellos?

Psí, muchas ideas: encontrar ese equilibrio entre ti mismo y como estas en este mundo. Que se sienta que la poesía son más que palabras bonitas. Te hace sentir bien a nivel psíquico, a comprender el mundo y adaptarse a los cambios, te asienta en la tierra y recuerda los valores de antes por el hecho de leer, ahora que vamos tanto a lo tecnológico. Ese esfuerzo, como en la filosofía,... de volver a pensar: estamos perdiendo la capacidad de concentración y de lectura.

8 ¿Escribes solo cuando estás inspirada o te pilla la musa trabajando en el folio en blanco?

No es la musa, es una cuestión de ponerse, con unos horarios, en la época y lo que va surgiendo...

ME PRESENTO

“Soy asturiana, nací en Avilés. Vine aquí hace 7 años por motivos laborales. Siempre he trabajado en bibliotecas, archivos, museos. Aprobé una oposición y las plazas eran aquí, en la Biblioteca Nacional. He tenido otros destinos. No descarto volver (sobre todo por el calor de los veranos..). Ya en serio, tengo a mis seres queridos allí y mis padres ya están mayores así que ese es el futuro que quiero, aunque no sé como lo lograré.”



9 ¿Eres poeta completamente o es solo una parte del oficio de escritor?

Se es poeta. Nace, hay algo, desde pequeña he sentido ese impulso, Es mi ser, me identifico con eso, y también tengo otros roles.

10 ¿Qué opinas de los concursos literarios?

Esta bien para darse a conocer. Me he presentado poco. Veo que es mucho de política. Y me da pereza que se cierran en el formato, no dejan libertad.

11ª Un fenómeno importante ahora es la autoedición. ¿Qué opinas sobre ello?

Me parece un poco moda. Que ha surgido a raíz del boom de amazon e internet. Adaptarse o no. Hay un dilema: facilita al autor el no pasar por tantos procesos, el pagar... que tenga cierta calidad...hay muchísima gente que usa la autoedición que no tiene calidad y esas obras son una maraña de millones de ofertas que hace que se pierda la obra valiosa.

12 ¿Ser poeta tiene que ver con el narcisismo?

Yo creo que no. Hay como una leyenda negra, que se creen algo... mucho ego. Y el poeta debe desprenderse del ego. La poesía es diferente. Hay que ser humilde para transmitir.

13 Recomiéndanos un libro y dínos cuáles son tus principales lecturas

No se... muchísimos... "Los versos del capitán" de Neruda. He leído una antología de Brines que me ha gustado mucho. Los libros de la editorial Salamandra, las editoriales pequeñas con obras de autor.

14 ¿Qué debe primar más la calidad o la cantidad?

Calidad, es mejor escribir menos pero mejor, que te salga redondo...

15 ¿La poesía es el mal de quién es sensible?

¿El mal? Es todo lo contrario. Para quien es sensible le ayuda a encontrar un equilibrio entre quien es y el mundo que te rodea, que a veces tanto te fastidia.

16 al margen de la literatura, ¿Cómo ves el mundo hoy en día?

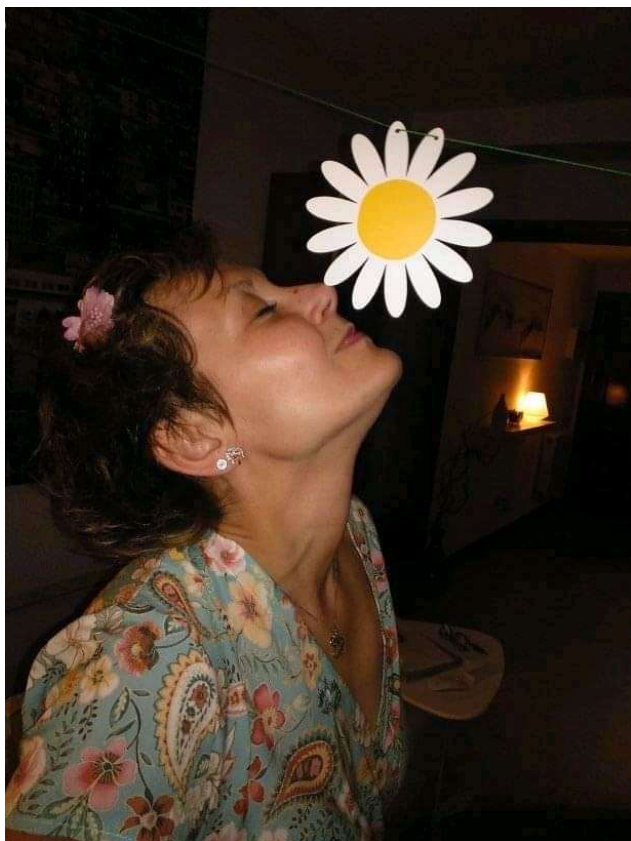
Vamos demasiado deprisa y no lo estamos gestionando bien. Se pierde el trato humano ante las máquinas. La poesía te humaniza.

Vamos a ir terminando. Últimas preguntas 17 ¿Tienes alguna manía o pequeño truco a la hora de escribir?

Busco palabras... muchos sinónimos, perfeccionar lo escrito. Es un buen truco.

18 ¿Te satisface la vida o necesitas complementos o muletas como leer, escuchar música, comer, adicciones...?





Sin leer, sin el arte, sin ir al cine o al teatro. Sin ellos no podría vivir. Lo necesito cada semana. La cultura es fundamental para mí.

19 ¿Se puede escribir de amor y ser original?

Es difícil, eh? Los tópicos el amor, la muerte, se asemejan mucho, por ejemplo en la generación del 27. Hay un poeta, Carmelo Iribarren, que escribe muy coloquialmente, es algo diferente. Hay que quitar el estilismo metafórico romántico recargado.

20 ¿Hay una poesía de mujeres?

Si, hay un boom. No sé si es algo buscado por la tendencia de la sociedad a buscar el lado femenino. Están saliendo porque hay apoyos, y toman el mando con respecto a sus antepasadas que fueron reprimidas, ocultadas.

21 ¿Es posible un canon literario igualitario, basado en el mérito y no en cuotas del 50%?

Ojalá lo hubiera... la sensibilidad masculina y la femenina no coexisten, falta comunicación y hay hechos, prejuicios, que nos separan por darlos por

sentado. Pero cada vez nos acercamos más.

22. ¿Crees que has alcanzado tu voz propia?

Estoy cerca, pero aún no. En los poemas que he enviado si hay algunos que son voz propia. Pero me falta todavía.

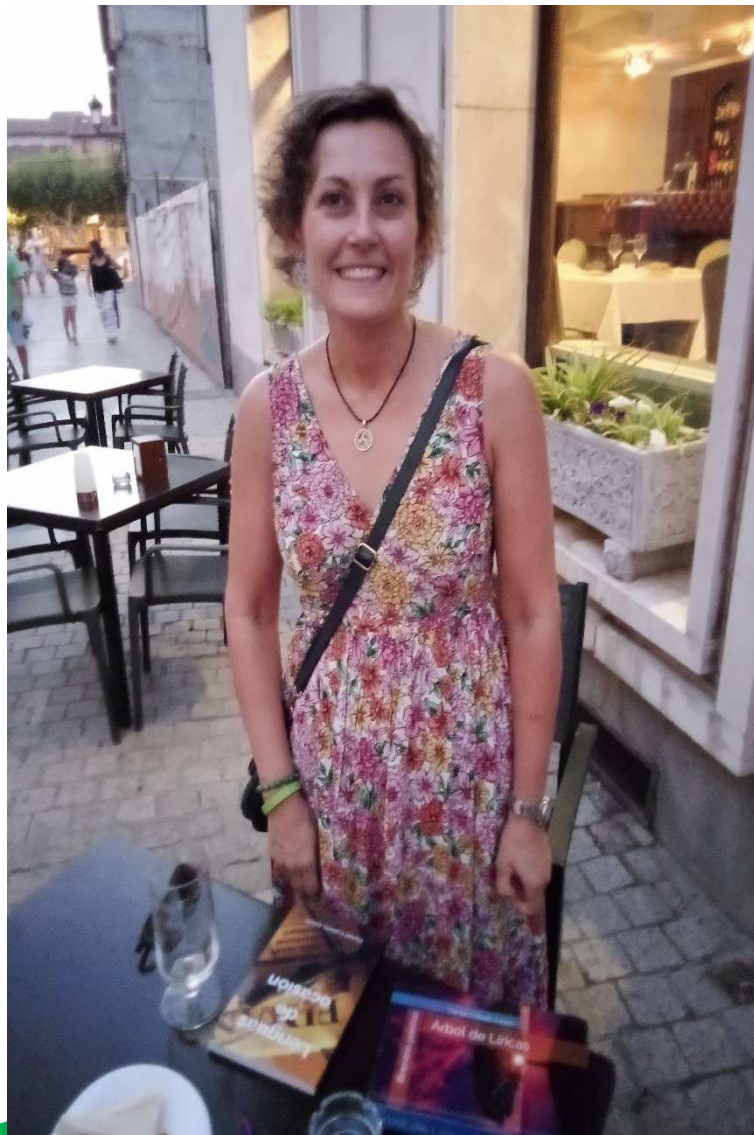
23. ¿Cómo te gustaría ser recordada?

Como una persona buena afectuosa, cariñosa, que amó a su gente, y que he dedicado tiempo a lo verdaderamente importante, a las personas de mi entorno. Como escritora que he dejado algún mensaje a la posteridad, y tener el reconocimiento de mi círculo.

24. Proyectos.

Seguir formándome, haciendo cursos, conociendo gente. Hasta alcanzar mi voz propia.

Muy bien hemos terminado muchas gracias



CAMINANTE

selección

Especial Poesía

hoy 6:

Covadonga Iglesias

A RATOS

A ratos
subo escaleras sin apellidos
ignoro el vapor del café
y me siento a contar las nubes.

La velocidad del mundo
dispara humo de noticias
frágil forma de desesperarse
que no vertebra en ninguna orilla.

A ratos
me quedo con la quietud y la pluma
página en blanco que habrá de ser escrita
dibujo nítido que es mi sombra.

Y pienso en el silencio venerado
la paz de una semilla renaciente
la mecedora de viajes
vaivén de los trapevistas
que distrae la mente
de futuros inciertos.

Y pienso que allá lejos
en lo más profundo
el fuego y la carne darán alguna tregua
a estos fútiles despertares
a estas frívolas palabras
a la sentencia de desaparecer sin rastro
bajo un tejado de escombros.

A ratos
el soplo de algún ave efímera
huella de lo inasible
hombre que es pólvora
-explosión del sigiloque
cura los fracasos de cada incertidumbre.

A DÓNDE IRÁN

A dónde irán las palabras
que se agitaron con el viento
de algún tímido marzo
que dejaron de revolotear
en el guiño del álamo blanco.

A dónde irán
-silenciosas en
estos días inciertos
cuando la brújula
de mis días eres tú
horizonte impertérrito
que cobija mi ternura.

En qué lugar se resguardarán
de la furia del huracán
del acelerado deseo
de este pasajero inquieto.

A dónde irán
si no encuentran reposo
en abrasadora primavera.

Acaso son efímeros luceros
que nos nutren de océanos
vergel desnudo
árida dehesa
que espera retiro.

Acaso son piedras
talladas con una hoja
que se orillan sin fuerza
en el discurrir del tiempo.

A dónde irán las palabras
sinceras, latentes...
A guarecerse en regazos
de almas marchitas
ecos de voces
que gorjean en el silencio.

EL REZO DE HOY

Padrenuestro que estás en los atascos
santifica el tiempo pospuesto
la irrisoria manera de socavar
tumbas en el mar de nuestro ruido.

Ven a nuestro destino y dirígenos, señor,
déjanos apretar el claxon y coronar el despertador
como Dios de los Dioses.

Permítenos que nos enraicemos al asfalto
y plantemos cactus,
semillas que parirán la prisa del futuro.

Hágase tu delirio
así en este totus Revolutum
como en el hemiciclo de los idiotas.

Regálanos inmortalidad, señor,
para que escupamos nuestra hipocresía
en periodo electoral.

Danos el hambre en las calles
pobreza jubilada que pierde perras en las tabernas
vota al inútil cada cuatro años
y sólo espera al gol del atardecer.

Libranos de la desidia colectiva
de esta ignorancia del acontecer
del pasotismo disfrazado de botellín
de la lujuria vestida de gladiolo.

Y déjanos siempre caer en la tentación
de protestar con las palabras
de escupir al cielo de los profetas
de curar disparos con la poesía
de creer en la utopía de lo íntimo
paisaje puro pintado de vacas.

Amén.

DES-TIERROS

Ruge, tiembla, duele
sin tregua ni llanto.
La libertad no era ella
ni está en su esencia.

La salvo pero se esconde
de mi lecho, de mi muerte.
Tiembla, duele, ruge
aterrada por la insípida
avaricia,
la ambición desgastada
la soberbia malquerida.

Pecado capital
que se decapita.
Duele, tiembla, ruge
odiada por la siembra
que no brota de su entraña
por la cruel sequía
que aniquila su piel.

Tierra que brota y rebota
entre mástiles partidos
mascando panes de leche
que destrozan sus sentidos.

Ruge, duele, tiembla
castigo de los dioses
almas malnacidas
inútiles necios
que laceran tus paisajes.

Y vendrán a rescatarte
-sin abecedario
limpiarte tus cerrojos
de roñosas cicatrices.

Los que ahora te asesinan
con sus viles escopetas
de hierro y cruz
en tu sombra.



HORIZONTE INFANTE

Revoloteando en alcobas con ligera ropa
se desvisten otoños atesorando tiempo
habitaciones insípidas, vacías de humedad,
repletas de matutinos silencios.

Muñeca olvidada en misteriosa alacena
rastros nostálgicos de ayer prodigioso
inocente luz que esperaba caricias
justo al ocaso del acontecer diario.

Madre que calma lágrimas de trapo
juguete abandonado tras la puerta de la sonrisa
amaneceres de emociones latentes
insidiosa rutina de relojes acelerados
cometa arcoiris, estela de momentos
desaparecidos en encapotado manto.

Gritos de júbilo en calles ingenuas
Somos pasto de tiernos recuerdos,
científicos explorando territorio nativo.

Somos solo dibujos fugaces,
escalando en memorias de escenas intactas.
Marea de palabras que perpetúan horizontes.

IMPREVISTO

Llega la aurora
los torpes y las sombras.

Llega el porvenir
disfrazado de aceituna.

Llegan los protestantes y las bombillas rosas
a verter su mal humor
en el hueco de tu incertidumbre.

Llegan los indomables y las ametralladoras
a fulminar el resquicio de tu duda.

Llega la brisa suave
de un domingo acaramelado.
Y yo
mientras tanto
paseo masticando amapolas
Tan distraída!
que la tarde se olvida de advertirme
la urgente señal
despedida del último tren.

LA POESÍA ES

La poesía es un hueco que vacía el alma.
Sale a tu encuentro.
Y como inesperada lluvia
empapa tus raíces.

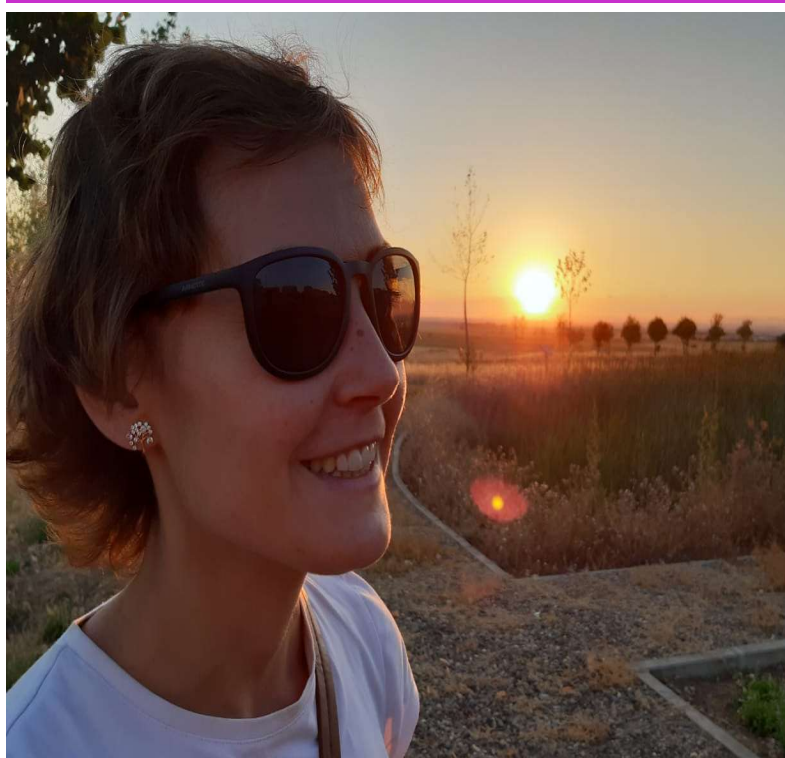
La poesía es un placer que explora paisajes.
Espera escondida.
Y como ave migratoria
escribe en vuelo sigiloso.

La poesía
novia divina de los ilustrados
abrigo que conforta a los naufragos
verdad de las mentiras que nunca comprendemos.

Y ella se apiada de ti
de tus ojos almendrados
de tus miedos anónimos
del silencio en las noches
de recónditos recuerdos.

Y predice la misericordia
el reflejo en palabras
lo inexorable de estar vivo.

La poesía
mar en calma
en los pálidos días de ansia
oxígeno intacto
de mi corazón enajenado.



La Opinión de Caminante



Si alguien pensaba que la mujer no podía aportar nada al canon literario, la poesía de Covadonga Iglesias demuestra que se equivocaba, y que hay una regeneración donde las voces agotadas deben dejar paso a esta nueva sensibilidad.

De lenguaje limpio, casi culto pero nunca coloquial, la poesía de Covadonga Iglesias es rica en imágenes, con un sinfín de metáforas sugerentes que cargan el poema y lo dotan de una placidez que te reconcilia con la vida a través de su propia imaginaria. No ha sido nada difícil seleccionar a esta poeta que presentó un trabajo muy ágil del que apenas por razones de espacio podemos dejar algunos ejemplos.

Covadonga Iglesias reafirma la idea de Revista Caminante de que hay mucho talento desconocido por descubrir y personas como ella que merecen la publicación.

Aunque ella diga que no ha alcanzado su voz propia, en sus poemas se deja entrever una vida rica, una sensibilidad amplia y novedosa, aunque a veces se note en sus poemas cierto aroma a trabajo académico de curso. Debe insistir en la veta examinada aquí hasta lograr un mayor acercamiento a sus propias elecciones de vida y temas vitales. Hay mucho juego y buena personalidad, pero a veces se siente un poco irreal lo que nos cuenta. Queremos más canto del alma de la poetisa que a veces se pierde en el juego literario.

**II concurso
internacional de
ilustración Caminante
2023
Obras
finalistas**

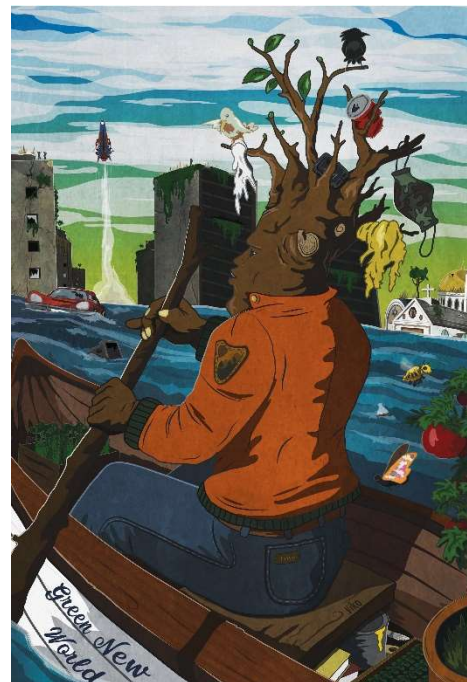


002 Camaleón DGV

003 Lluve sobre mojado DGV

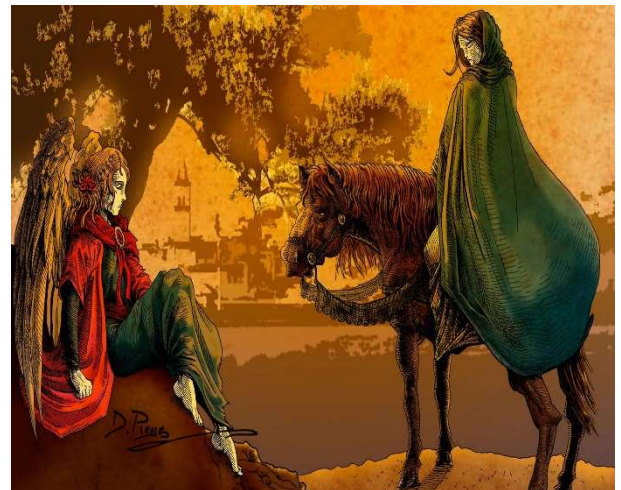


006 Carnival JDOD



009 Verde nuevo Mundo Viko

013 La doncella y el ángel DJR





030 Hecatombe JAMM

032 Retrovisor JAMM

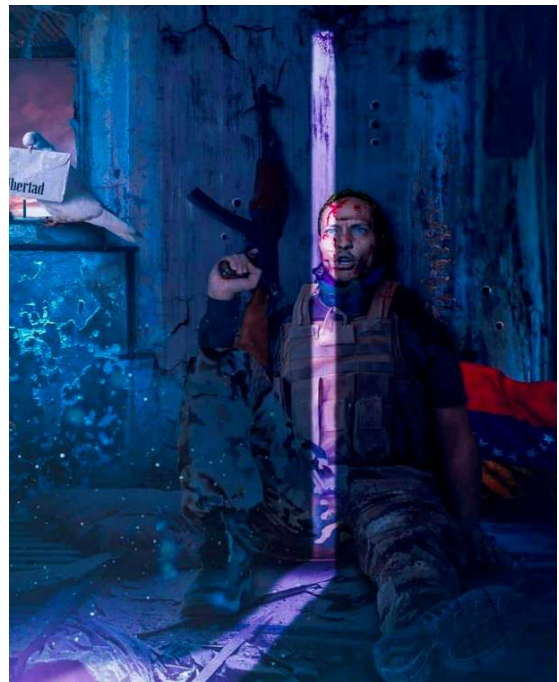


033 querer querernos JAMM



035 Sueños de barrio JAMM

036 La masacre del Junquito JAMM



042 La sombra PI





048 Al pie del camino DAG

052 A veces JGH



054 Supervivencia JGH



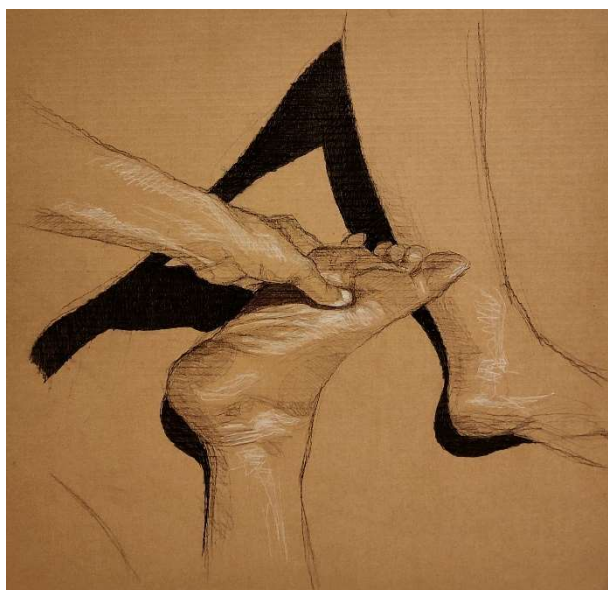
096 Éxodo DRF

100 Contra corriente JPP



121 Migrantes DGC





124 Una piedra en el camino FTP



175 Se acabó RZS

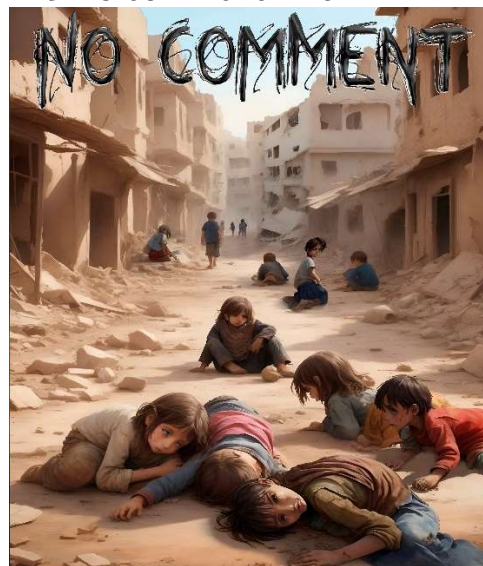
133 Cuento antes de dormir LPD



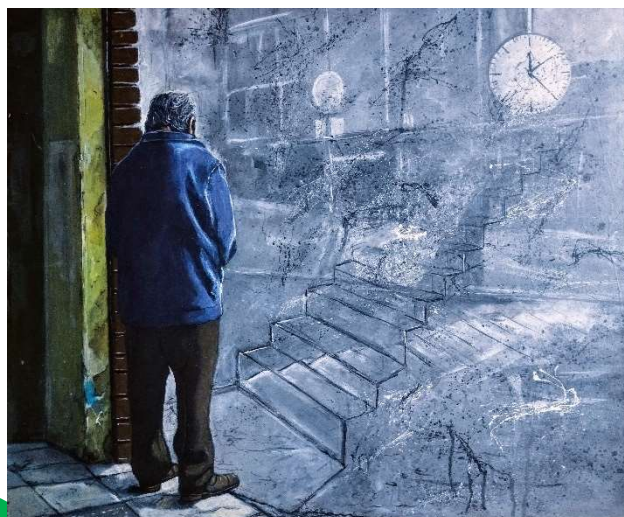
149 Retrato de luces en Renfe JMT



179 No comment RZS



195 La espera RVB



II Concurso Internacional de ilustración Caminante 2023

Jurado



Pablo Rubén López Sanz

*Pintor de renombre internacional
Con numerosos premios y exposiciones
Maestro de pintores y autor*



Raquel Ordoñez Lanza

*Docente y activista de Educación
Artística. Maestra de maestros.
Ilustradora profesional*



César González García

*Pintor profesional. Docente de
pintura con varias
exposiciones realizadas*



María Almazán Almazán

*Pintora en varios estilos
y técnicas.
Comisaria de arte*



Daniel Collado Azorín

*Maestro de Educación Artística. Editor
de la Revista de creación literaria
y gráfica Caminante. Escritor.*



Clara Mª Pavón Gozalo

*Psicóloga clínica y terapeuta gestalt.
Activista y amante del arte.
Gran Lectora*



Omar López

*Trabajador en cine
Gran lector Poeta*



Luis Mariano "LUCHO"

*Animador sociocultural,
de calle y por la integración. Poeta*



Mar Santamaría

*Técnico superior en RR:PP y
marketing. Gran lectora y
conocedora de los estilos artísticos*

Los alumnos más torpes de la escuela del mundo

Un agradecimiento a Wislawa Szymborska

Dana Botti

Quienes escribimos somos los alumnos más torpes de la escuela del mundo. Escribimos por eso. Porque no tenemos respuestas, pero sí muchas preguntas. Preguntas que responden a otras preguntas. Y así en una muñeca rusa infinita.

Hace unos años, me dieron una beca para realizar un máster en la Universidad de Salamanca. Cada vez que iniciábamos un curso, la profesora o profesor iniciaba la clase presentándose (por supuesto), presentando la asignatura y luego, como antesala a invitarnos a presentarnos a los alumnos y alumnas, decían algo como “muchos de ustedes deben escribir”. A mí me llamaba mucho la atención que dijeran eso y no sabía bien por qué me impresionaba así.

Hasta que recordé cómo presentaban la mayoría de las y los docentes su materia durante mi carrera de grado. Cada vez que se iniciaba un cursado, el alumnado recibía la, algunas veces más amable que otras, pero siempre firme, advertencia de que “ahí no se iba a salir siendo escritor, que si querían escribir fueran a otro lado”. Recuerdo no sin vergüenza haber asentido seriamente de acuerdo con esas afirmaciones. Puedo comprender con una

mezcla de ternura y lástima a la que era yo en esa época: ya había abandonado mis ilusos versos adolescentes.

(Ahora que escribo creo que también estoy de acuerdo con esas afirmaciones, pero por motivos distintos. La universidad no me iba a formar como escritora, no me iba a inyectar en la sangre la obsesión por crear un mundo¹ ni todas las dudas que vinieron después y no logro nunca deshilar. O si lo logro, encuentro tan rápido otra parte de mí que está en ruinas. Y todo empieza de nuevo.)

La semana pasada, en la tercera clase de la rimbombante Literatura Universal I que dicto, leímos un texto de Enrique Anderson Imbert que habla sobre el escritor y su trabajo. En un momento, recordando esos momentos que relato más atrás, pedí que detuvieran la lectura y les pregunté: ¿ustedes escriben? En el mismo lugar en que, durante las dos clases anteriores, cada vez que yo preguntaba algo, me mostraban mulleras, vi cómo se elevaban de a poco una serie de rostros sorprendidos. Entre sonrisas avergonzadas, escuché algún yo, después otro, una mano levantada. Retruqué: ¿a ustedes les pasa eso que dice el autor en el texto? El aula pareció florecer, donde antes la palabra parecía propiedad privada, ahora se independizaba, se movía, nadaba entre nosotros. No iba a obtener respuestas a mis preguntas, claro, ahora podía verlo: mi alumnado está lleno de escritores. Al final de la clase, una alumna poeta y cuentista se acercó a seguir la charla. En un momento, me cuenta que ama los árboles, que la inspiran. Mi afición por las ballenas

¹ Obsesión que me llevó, por otro lado, en una época en la que no podía escribir a recibir medicación para la depresión.

me hace empatizar con ella. Tenemos amores raros y no nos avergüenza decirlo. Y ahí recuerdo a Wislawa. Recuerdo su poesía contemplativa, su manera que traer la naturaleza a acariciar la nariz de quien lee, su talento para mostrar el barro y el dolor sin pulirlos, pero atravesándonos el corazón.

Recuerdo la poesía de Wislawa y la sensación que me produce leerla, pero no su nombre. Entonces agarro mi celular. Ella seguramente piensa que me está aburriendo, porque dice apurada: no la molesto, profe. No, esperá, tenés que leerla su poesía y le muestro: Wislawa Szymborska. Ella mira la pantalla de mi celular y hace lo propio en el suyo: ¿es ella? Sí, buscá sus poemas, te va a inspirar. Gracias, profe, hace rato me vengo

preguntando qué es la poesía, hasta la próxima clase. Chau. Chau. Esperá: buscá el discurso que dio cuando le dieron el Premio Nobel de Literatura, para seguir preguntándote qué es la poesía. Gracias, profe. Chau.

Vuelvo caminando a tomar el transporte público que me hará llegar en unas horas a casa. Oportunamente llueve, yo sonrío pensando en qué bellezas irán a salir de las preguntas que broten de esas molleras. Cuando llego a casa, tarde, una presencia contundente se hace saber. A pesar de sus longevos diez años, sube de un salto al apoyabrazos del sofá. No hay maullidos. Ya no más trepar por las paredes ni restregarse entre los muebles. Solo queda un gato en un piso vacío. Preguntas. Y una luz que se enciende.



LA CONCIENCIA DE LA MEDIOCRIDAD.

Anita Lafenia

Un hombre vestido de etiqueta a quien no conozco habla de mí, de mi trayectoria como si me conociera. Mientras aguardo en bambalinas pierdo rápidamente interés en lo que dice. Sólo yo sé quién soy. Los demás creen conocerme por el nivel de exposición al que soy sometido desde hace diez años. Me pasa lo mismo que pasa con los actores famosos. De tanto verlos en las pantallas o en los diarios pensamos que son nuestros amigos cuando la realidad es que ellos —en este caso yo— ni se enteran de nuestras existencias.

Hacía mucho tiempo que me devanaba los sesos para entender cómo se sucedieron los hechos que me trajeron a este momento. Hasta que ayer todo se aclaró espontáneamente. Así que tomé una decisión. Todavía tengo unos minutos para entrar a formar parte del Olimpo de los escritores. Lo que el hombre dice acerca de mí continúa aburriéndome soberanamente. Casi sin proponérmelo me pierdo en este juego mental donde hablo con un supuesto público como si estuviese escribiendo en primera persona. ¿Se dieron cuenta de que hay escritores que cuando se los lee nos provocan algo tan intenso que nos hace creer que podríamos escribir como ellos? ¿Que nos inspiran? ¿Que nos hacen pensar que podríamos inspirar a los demás como ellos nos inspiran a nosotros? Yo no soy uno de ellos.

Siempre fui un escritor común y corriente. Nunca me importó. Si se tratara de cocinar diría que soy un cocinero, no un chef. Siempre me consideré un contador de historias entretenidas sin ánimo de dejar una huella, de educar a nadie, ni de pasar a la posteridad. Mi estilo era de descripciones obvias, sin pensamientos profundos o asociaciones originales. Era muy simple. Sin embargo, tenía éxito. El éxito comercial que deseaban muchos de los que criticaban con justa razón —o sin ella— mis escritos y los calificaban como “sintaxis de niños para idiotas”. No entendían cómo alguien mediocre podía vender tantos libros. Yo no me detenía a pensar en ello, al menos no hasta ese fatídico momento en que fui consciente de esa mediocridad, en que se hicieron carne en mí las críticas que nunca me habían afectado. Ese fue el momento en que cambié para llegar a este presente donde en minutos más me van a entregar el premio más grande de la literatura mundial, al que todo escritor aspira. Aunque no lo admita.

Tuve suerte. Soy un mediocre escritor con un éxito desmesurado en comparación a su talento. Un oxímoron en mí mismo. Y no crean que, por repetido, que por la velocidad con que lo expreso, ha sido fácil admitirlo. No señoras y señores, no. Llegar a admitir esta mediocridad me ha llevado sesudas cavilaciones si es que se me permite la redundancia. Porque —por supuesto— al principio de mi carrera como todo artista, creía que mis cuentos y novelas salían de la inspiración de unas musas que sólo cantaban para mí. Que me guiaban a través del azaroso camino de la originalidad con mano delicada, segura. Imaginen mi sorpresa cuando descubrí que mis musas no eran tales sino unas viejas brujas recalcitrantes, que se reían de mi ignorancia condenándome al éxito a patadas en el culo.

La conciencia de la mediocridad comenzó con la publicación de mi segunda novela. La primera tuvo una desusada aceptación entre el público mientras que los expertos la despedazaron. Aduje las malas críticas al esnobismo que tienen ciertos intelectuales, a los cuales —convengamos— parecería encantarles todo

lo enrevesado, lo difícil y —por qué no decirlo también— aquello que es a las claras aburrido. Esas críticas están dirigidas a un público que se pretende erudito. Público que necesita que el suspenso dramático brille por su ausencia para alabar sin tapujos. No era el público al que yo me dirigía. Valga la aclaración: las críticas despiadas siempre molestan, aunque —como era mi caso— no se pretenda agradar a los intelectuales.

Con la publicación de mi segunda novela “Un momento antes del silencio”, una duda comenzó a roerme el alma a pesar de que fue recibida comercialmente aún mejor que la primera. Recuerdo que había terminado de leer la reseña que una afamada crítica literaria —de la que prefiero no dar el nombre para que no aproveche la publicidad— había realizado en el periódico más conservador del país destrozando a conciencia a mi segunda hija cuando por primera vez la duda se presentó a mi puerta. ¿Y si tenía razón? ¿Si el libro era realmente una porquería? ¿si no se trataba de esnobismo y yo era pésimo escribiendo? ¿Dónde me dejaba eso parado a mí que era el escritor más vendido de Latinoamérica en ese momento? ¿Merecía el éxito? Allí comencé a cambiar. Empecé un camino sin retorno que me condujo a convertirme en este ser humano hosco y reconcentrado en que he mutado. Sin la capacidad de elaborar una ironía, con el sarcasmo a flor de piel. Era una persona simple y alegre o por ser simple, era alegre, no lo sé. No fue de un día para el otro, al principio sólo se manifestó como un síntoma insignificante, los chistes fáciles, generalmente cortos y malos, empezaron a no causarme gracia.

En cambio, comencé a seguir atentamente las historias más densas. Esas historias que para el público en general pierden interés de inmediato, a mí empezaron a apasionarme. Me encontré siendo el único espectador de obras de teatro que unos meses antes me hubieran resultado francamente insoportables. Luego me hallé aplaudiendo a rabiarse películas indescifrables en idiomas de Medio Oriente o de Europa del este en cines minúsculos junto a cuatro o cinco expertos que después de bostezar reiteradamente —cuando no de quedarse directamente dormidos— aprobaban con aplausos grandilocuentes. Por último, pude terminar de leer el Ulises de Joyce en castellano. Ese fue el límite. Ocurrió lo inevitable. Comencé a buscar la forma de agradar a los que me criticaban. Dejé de lado mi esencia. Rechacé por completo quién era por ser demasiado simple. Empecé a buscar con ansias de arqueólogo el camino hacia el Dorado. Me empeñé en obtener la gloria de la eternidad a través de historias aparentemente substanciosas, a través de la conquista de las palabras rebuscadas.

El tiempo pasó. Después de varios años no había logrado escribir nada bueno, todo escrito que comenzaba me resultaba igual de simple. No lograba desprenderme de la chatura original. Cada uno de los manuscritos de aquellos tiempos terminó presa de un fuego purificador. Atravesé una angustia lacerante durante meses hasta que de pronto —pienso que por inspiración del fantasma de un crítico poseso— llegó a mí esta idea: ¿por qué no copiar a los maestros del arte de la escritura? No a uno sino a todos ellos. Combinarlos de manera que nadie pudiera acusarme de plagio, quitarles sus palabras, mezclarlas en frases que no dijeran nada pero que parecieran hacerlo. Ese fue el Santo Grial. Empecé a deformar a los grandes sin preocuparme de darle una dirección a mis historias sólo buscando escribir de

¿por qué no copiar a los maestros del arte de la escritura? No a uno sino a todos ellos. Combinarlos de manera que nadie pudiera acusarme de plagio, quitarles sus palabras, mezclarlas en frases que no dijeran nada pero que parecieran hacerlo.

una forma lo más críptica posible. Si lo hacía así, estaba seguro de que ninguno de mis críticos primordiales se iba a animar a decir que no me entendía admitiendo su ignorancia. Armé frases enteras con la suficiente carga de dificultad como para entretener a los hermeneutas. Logré que nadie se pusiera de acuerdo en los significados ocultos de mi escritura, sobre la cual cada uno de esos críticos coincidían en aceptar “una evolución significativa hacia una escritura poética”. Mis novelas pasaron de tener una extensión de 250 páginas a 900 o 1000 hasta llegar a mi récord personal de 1500 páginas de una historia sin pies ni cabeza. Lo logré, llegué al pináculo de mi carrera. La crítica me aclamó y si bien el número de mis lectores decreció considerablemente —pasaron de ser millones a ser unos pocos esclarecidos— me convertí en un escritor de culto. Claro está que esto me cerró las puertas de las editoriales. Los mismos editores que antes se peleaban por contarme entre sus filas, que me ofrecían cifras millonarias, me cerraron de un día para el otro la puerta en mi propia cara. Eso no importó. Con el dinero ganado por mis primeras novelas tenía como para vivir dos vidas sin preocupaciones. Buscaba otra cosa: la gloria.

Ahora aquí parado, esperando entrar al escenario, me preparo para el *grand finale*. En mi camarín, cual redundancia de mis primeros escritos, he dejado una nota que me sé de memoria. Que me dispongo a recitar al recibir el premio. Explico en ella mi particular versión de la mediocridad que nos lleva a aceptar la comodidad como un *modus vivendi* para no sentirnos excluidos. Porque de lo que caí en la cuenta ayer es que fui obligado a dejar mi ser de lado en el camino a la gloria, fui compelido a venderme. Ironía de la vida: me vendí para no vender nada. Mi éxito primigenio no sólo se trató del encadenamiento de esos factores al azar, que para resumir llamamos suerte. Mis escritos eran simples, pero tenían mi impronta. Había en ellos un alma que se manifestaba viva e inquieta.

Ayer, cuando por fin me di cuenta, se apoderó de mí el odio que ahora me embarga por todos ellos, mis admiradores actuales y mis críticos pasados. Por aquellos que me tildaban de simple, por estos que me llenan de alabanzas, que me colman de absurdos premios. Decidí vengarme. Ahora voy a enrostrarles mis plagios, mis sin sentidos para demostrarles qué fácil fue engañarlos. Para convertirlos en objeto de burlas eternas. Pero no sólo eso.

El presentador ha mencionado mi nombre. La audiencia acaba de estallar en aplausos. Tomo aire profundamente. Pienso en el bien que voy a hacerle a la humanidad al terminar con algunos de los mayores idiotas de este mundo. Incluso conmigo mismo. Me acomodo la levita, símbolo inerte de pertenencia occidental, palpo la pistola nueve milímetros que oculto en mi cintura y salgo a recibir mi premio.

Mar del Sud, enero de 2023



La calle veinticuatro

Estiven Mejía Marín

Entre esquina y esquina de la calle veinticuatro se siente un olor a muerto, tal vez sea un vagabundo que murió de sobre dosis o de hambre, tal vez un perro que fue envenenado o un par de ratas cazadas; no me puedo imaginar lo peor, no me puedo decir a mí que fue un caminante que quería acortar el camino, porque tal vez, y ese caminante sea yo. Quisiera no tener miedo, pero este horrible sentimiento me invade y me acelera el corazón, no puedo dejar de pensar que en cada callejuela por la que paso me voy a desaparecer sin dejar ningún rastro. Esta calle veinticuatro es poca habitada, en cada rincón te encuentras con un montón de mierda, con un montón de basura, nadie se preocupa por esta calle y menos por sus pocos habitantes, esta pequeña calle que se trascurre en tan solo diez minutos, se hace eterno su recorrido, su salida; esta pequeña calle en medio de una ciudad inmensa es un infierno el cual nadie se atreve a cruzar. De pequeño me dije nunca cruzar esta calle, nadie le hace buena cara y el que entra jamás quiere volver a pasar por ahí; pero las circunstancias del momento me hicieron que acortara camino. Desde el momento en que se entra y se trascurre la calle veinticuatro, la sensación de querer devolverse está presente en las piernas, en la mente, en el sudor frío que baja por la frente, por la espalda y hasta por el culo. La sensación de miedo me estaba invadiendo, los pensamientos se me estaban nublando y mi razón me estaba dejando solo; jamás pensé que mi razón fuera tan débil como para apartarse de la realidad y me dejara a solas con mis sentimientos.

Sentí entrar en un estado de locura, de olvido de la realidad, del tiempo, del momento, a donde iba y por donde me dirigía; sentí que pertenecía acá, que siempre he estado acá, que mis antiguos recuerdos no eran míos, sino que se los había robado a aquellos caminantes que pasan por estas calles hablando para no sentir el tiempo y el espacio y no volverse locos. Pero un pequeño tropiezo me hizo volver en sí. Miré mi reloj y me di cuenta de que apenas habían pasado cinco minutos, que si me devolvía iba hacer el mismo tiempo que me faltaba para terminar este recorrido. Decidí seguir, pero mis piernas no me respondían ni para atrás, ni para adelante, eché un buen suspiro y como si una pierna le pidiera permiso a la otro seguí mi camino. Aun así, mis pensamientos volvían en a atormentarme, solo con ver un vagabundo tirado en algún rincón casi muerto, me hacía pensar que con solo darle la espalda ya me iba a matar. Cuando volví a ver mi reloj me di cuenta de que ya habían transcurrido los diez minutos, mi rostro no podía de la felicidad, ya estaba casi en la salida. Pero cuando me fui acercando a esta, me di cuenta de que había demasiada gente, policía, una ambulancia y un cuadro dibujado en el aire con unas cintas amarillas que decían escena del crimen. Me acerque un poco a inspeccionar quien había sido la víctima, el desafortunado que por querer acortar camino había terminado así.

Cuando me acerqué, me di cuenta de que era mi cuerpo, que yo, había sido aquel desafortunado que le habían atravesado un cuchillo en medio del pecho y, para asegurar su muerte, lo habían degollado; no escuchaba sino quejas de la gente, de cómo había quedado mi cuerpo, esa expresión de susto, de miedo que tenía en la cara, ¿qué por qué me había metido por ahí?, habiendo más calles, que la ropa no era la adecuada para la muerte que había tenido, que miraran, esa ropa decía que hoy no era mi día, tan joven, tan presentado, ¿quién sabe a dónde iría?, que pobre de mí; volví a ver mi reloj y me di cuenta de que en todo este tiempo solo me había fijado en el minuterero, que no me había fijado en la hora, y que en verdad había pasado más del tiempo debido; ahora no voy a llegar a tiempo a la reunión, ahora no voy a llegar a tiempo a ningún lado, ahora, me quedare encerrado en esta pequeña calle llamada veinticuatro tratando de salir antes de que el reloj me muestre que han paso más de diez minutos.

El Decorador

Yuraima Trujillo Concepción

Lo primero que extraña el hombre es que su Golden Retriever no lo recibiera en el pórtico como cada tarde. Camina por el pasillo adoquinado hasta la puerta de la casa y no puede evitar un leve escalofrío en la columna vertebral cuando introduce la llave en la cerradura. Pocas veces lo hacía, pues su esposa desde adentro siempre abría primero y dando pequeños saltos como una niña, se le lanzaba al cuello.

Al entrar, nota que algo resulta diferente en la sala bien amueblada, aun en penumbras pues las cortinas no han sido corridas, pero no logra descifrar exactamente qué. Anuncia su llegada con voz casi temblorosa y sin esperar respuesta se encamina hacia las escaleras que conducen al dormitorio. Se acerca a la puerta semiabierta del cuarto matrimonial y se detiene un rato allí, sin atreverse a entrar o a volver sobre sus propios pasos.

Llama otra vez, casi de manera mecánica, como si augurara que no obtendrá respuesta. Coloca la mano sobre el picaporte y se queda parado, mirando de frente a la puerta, sin atreverse a cruzarla, congelado por las imágenes que vuelven a su cabeza y que llevan días atormentándolo.

En la oficina del detective Antonio Novoa, no dejaban de entrar y salir investigadores, analistas y policías, que llevaban o recogían fotos, nuevas pruebas, documentación. Una de las paredes laterales estaba cubierta por imágenes de mujeres semidesnudas, en posiciones casi artísticas sobre camas perfectamente arregladas de habitaciones bien decoradas, con los ojos abiertos y una bufanda fina alrededor del cuello.

El detective permaneció sentado, imparable, con el codo apoyado en el buró, el dedo pulgar debajo de la barbilla y el índice cruzándole la cara casi hasta la sien.

Aún sigo creyendo que no fue buena idea pegar todas las imágenes aquí —dijo con tono respetuoso un joven oficial al acercarse al detective, con varias carpetas en las manos—. Tenemos un local para eso, señor Novoa, ¿por qué se obliga a mirar esas fotos constantemente?

El hombre lo miró como si acabara de notar su presencia y con un leve gesto le invitó a sentarse. El recién llegado accedió, dejando las carpetas frente al detective que las miró de reojos, lanzó un suspiro de cansancio antes de estrujarse los ojos con aspereza y se dispuso a leer lo que acababan de entregarle.

— ¿Cuándo llegó esta información? —dijo de repente, como si recobrara la energía que segundos antes le faltaba—. ¿Por qué hasta ahora es que me muestras?

—Acaba de traérmela el Sargento Suárez. El hallazgo ocurrió hace media hora, dentro de la gasolinera donde trabajaba la víctima.

— Conocía a la muchacha, incluso cruzamos algunas palabras ayer cuando llevaba a mi esposa a lo del médico por su crisis de migraña y tuvimos que detenernos para que usara el baño. Fue muy amable con nosotros.

— Todos la conocíamos, señor, este pueblo es muy pequeño, nadie es desconocido para nadie.

— Pero no tiene sentido, el *Decorador* asesina de manera organizada. ¿No lo ves, Ramírez? Lo sucedido en la gasolinera es un espectáculo de sangre y desenfreno, que en nada se asemeja a la rutina meticulosa y calculada de nuestro sospechoso — Novoa se incorporó de la silla y dio algunos pasos por la oficina, hasta detenerse frente a la pared con las fotografías. Las observó con detenimiento, como si las estuviera viendo por primera vez y volvió a repetir entre dientes—. No tiene sentido.

— Señor, pero hay detalles en este asesinato que sí coinciden con los otros crímenes, uno de ellos no se ve a simple vista por el exceso de sangre en la víctima. Vuelva a mirar la foto que acabo de traerle, por favor.

El detective regresó a su silla, buscó en la primera gaveta del escritorio los espejuelos y volvió a tomar la foto en sus manos. Entonces pudo notar, alrededor de la garganta cortada de la mujer, una bufanda roja fuertemente apretada.

— ¡No puede ser! ¡Es él, es su firma! Pero, ¿qué lo hizo cambiar de repente? Sus víctimas anteriores fueron estranguladas en sus propias habitaciones. Hasta se tomó el tiempo de maquillarlas, acomodar las sábanas de las camas y dejar decoraciones florales por todas las paredes.

— No sabría decirle qué pasa por la retorcida mente del asesino, señor, pero está degenerando muy rápido y no estamos más cerca de atraparlo que cuando inició todo.

— Yo no estaría tan seguro de eso, Ramírez. Esta nueva escena nos deja mayores posibilidades de atraparlo que ninguna otra.
— ¿Por qué lo dice?
— Porque está perdiendo interés en borrar sus huellas, en hacer un trabajo limpio. Está sacrificando todo lo que hasta ahora nos ha impedido atraparlo.
— Pero, ¿con qué objetivo, señor?
— No es consciente de eso, ha comenzado a ser descuidado y ni siquiera lo sabe.
— Señor, aún hay más. En la escena del crimen encontramos otra nota, igual a las anteriores. El detective lo miró a los ojos, intentando leer en ellos toda la información. — ¿Una nota dirigida al Departamento de Investigación?
El joven oficial apartó la mirada del rostro inquisitivo de su superior y tomando una bocanada de aire, como si con ella aspirara también un poco de valor, respondió:
— No está dirigida al Departamento, señor Novoa. Tiene un nombre específico en el remitente —el muchacho extendió una nota ensangrentada y murmuró—: el suyo. Antonio Novoa, le arrebató de las manos la hoja y leyó a toda prisa, sin lograr evitar los espasmos musculares que le provocaba el contenido de la fatídica misiva. Con garabatos deformes y casi ilegibles, pues la tinta se había corrido allí donde se había manchado el papel de sangre, podía leerse:

Detective Novoa:

*Son hermosas las cortinas del
cuarto de su esposa.*

El detective apoyó con fuerzas las palmas de sus manos contra el escritorio, lanzó una última mirada a las mujeres de la pared, y tomando la gabardina negra que tenía al lado salió fuera de la oficina.

— ¡No me sigas! Te veo dentro de media hora en la gasolinera.

El joven oficial lo siguió varios pasos pero se detuvo, temeroso de recibir una reprimenda por no acatar la orden dada por su superior. Así que regresó a la oficina, recogió todas las pruebas que pudieran servir en la investigación y salió hacia el lugar del último asesinato.

El hombre intenta despejar de su mente las imágenes de aquellas primeras mujeres estranguladas que parecen mirarlo fijamente a donde quiera que va. El escalofrío en la espalda es más insoportable a cada segundo, la mano parece congelada en el picaporte y las piernas no se mueven, no responden. Necesita respirar profundo para calmar la hiperventilación que comienza a atacarlo y en un nuevo intento, aúna todas sus fuerzas y empuja suavemente la puerta del dormitorio. La habitación está a media luz pues las cortinas se mantienen cerradas, igual que en la sala y puede ver en la penumbra, sobre la cama perfectamente arreglada, el cuerpo de su esposa. Se abalanza sobre ella, la estruja y ya va a gritar su nombre cuando nota que abre los ojos.

— Amor, llegaste temprano a casa.

El hombre se incorpora nervioso, pasando sus manos con desespero por la cabeza, los ojos, como si intentara borrar algo de ellos y casi en un sollozo regresa junto a su esposa.

— Ana, ¿eres consciente del susto que acabas de darme? ¿Por qué no respondías? ¿Por qué esta toda la casa a oscuras? La mujer se levanta y camina hacia la ventana, descorre las cortinas con agilidad y le muestra a su esposo los tapones de oído que siempre lleva cuando le dan los ataques de migraña.

— Perdóname, ya sabes que los ruidos fuertes y la luz me molestan mucho cuando estoy en crisis. No he salido de la cama en todo el día.

El hombre suspira aliviado, se acerca a ella despacio y la abraza.

— Perdóname tú. Es que acabo de recibir una nota demasiado perturbadora y pensé que te había perdido. A la mujer le brillan los ojos, las pupilas parecen dilatarse como si estuviera bajo éxtasis, le rodea el cuello con los brazos y lo besa frenética. Él la esquivo con delicadeza y sonríe.

— Debo irme.

— ¿Irte? —a ella le tiembla la voz e intenta disimularlo—. Pero acabas de llegar.

— El *Decorador* volvió a matar.

— ¿Y qué? ¿Acaso eres el único responsable de capturarlo?

— Se está volviendo más violento. Además, hoy me envió una nota, nos observa, Ana, tengo que atraparlo antes de que vuelva a lastimar a alguien, antes de que intente lastimarte a ti. Solo por hacerme sufrir es capaz de... El hombre aprieta la boca para evitar pronunciar las palabras que vienen a su mente y sacude la cabeza para intentar disiparlas. Su esposa permanece inmutable, fría, con los ojos vidriosos clavados en él.

— ¿A mí? ¿Por qué lo haría? —su voz es casi desafiante—. Yo no soy como esa mujer fácil de la gasolinera, Antonio. El hombre siente otra vez el escalofrío recorriendo su espalda hasta la nuca y da unos pasos hacia atrás, mirándola como si no la reconociera. Tiene el entrecejo fruncido y las manos le vuelven a temblar.

— ¿Cómo sabes lo de la gasolinera? Acaba de suceder y tú no has salido de la cama hoy. No hay posibilidad de que supieras eso. Ana, ¿qué sucede? ¿Qué está pasando? — La mujer da ligeros pasos por la habitación, acariciando las paredes perfectamente decoradas, se acerca a la ventana y juega un poco con las cortinas, antes de responder.

— Me cansé de esperar noches y madrugadas enteras a que llegaras por fin a casa. Pasas más tiempo persiguiendo a ladrones y bandidos que calentando nuestra cama.

— Ana...

— No lo planeé, Antonio, te lo juro. La culpa fue de aquel mediodía demasiado caluroso y de ella, la muchachita que vino usando ropa provocativa. Llegó con el pretexto de los volantes para el festival de primavera, pero no pudo engañarme. Ya la había visto otras veces pasar por el frente y coquetearme a través de la verja. ¿Crees que no me daba cuenta? Pero ese mediodía yo estaba realmente irritable.

— Pero, ¿cómo puedes pensar algo así? ¡Era una niña!

— ¡No es cierto! Yo vi cómo te miraba —la mujer respira profundo intentando serenarse y se retuerce los dedos, nerviosa—. Le ofrecí un jugo y...

— No digas nada más, por favor.

El hombre camina de un lado a otro de la habitación con el rostro oculto entre las manos. Ella lo mira desde la ventana, donde permanece impávida.

— Puse en el jugo una dosis casi letal del somnífero que me receta el doctor para mis terribles dolores de cabeza. Pensé que moriría al instante pero no, solo quedó adormecida sobre nuestro sofá. Fue entonces que tome su propia bufanda y la apreté, hasta que dejó de respirar.

— ¡Basta! No quiero escucharte, demente. ¡Calla!

— ¿Estás asustado? Yo también lo estaba. Toda la tarde tuve a la muerta en la sala de nuestra casa. ¡Toda la tarde! ¿Y tú donde estabas, Antonio? —la mujer se voltea para enfrentarlo con la mirada pero el hombre no tiene fuerzas para sostenérsela y cae sentado en una esquina de la cama—. Esperé a que se hiciera de noche, la subí a mi auto y la lleve hasta su casa. Nadie me vio porque todos estaban reunidos en la plaza para los preparativos del festival. Cuando entré a su habitación era un verdadero asco, una pocilga —la mujer no puede evitar la mueca de asco en su cara y se estremece—. Fue en ese momento que sentí pena por ella. Estiré las sábanas de su cama, recogí toda la inmundicia y la guardé en el closet. Adorné como pude las desteñidas paredes con lo que encontré, pinté sus labios de rojo y la desnudé, para que todos pudieran apreciar su verdadera belleza. ¡Dime, Antonio! ¿Un ser demente haría algo tan bonito?

El hombre, horrorizado, se atreve a levantar la cabeza para mirarla. La luz que entra por la ventana ilumina el rostro perfilado de su esposa que parece esbozar una sonrisa.

— ¿Y las otras mujeres, Ana? ¿Por qué les hiciste esto?

— Porque nunca había recibido tanta atención de tu parte que cuando comencé a ser el *Decorador*. Sí, hasta me pusiste nombre, amor, solo hablabas de mis hazañas, de lo meticuloso que era mi trabajo, la limpieza del escenario. ¡Tú me admirabas!

— ¿Cómo puedes siquiera decir algo así? Yo solo lamentaba que los asesinatos fueran tan perfectos porque no tenía ni una sola pista para atrapar al culpable. Pero te odio desde el primer crimen. El pueblo te odia.

— No es verdad, amor, en el fondo me admiras, admiras al *Decorador* —la mujer camina hacia la cama y se arrodilla delante del esposo que aún intenta buscar respuestas en sus ojos—. Ninguna de ellas sufrió, no sintieron la bufanda apretando sus cuellos, no se enteraron de lo que ocurría. Hasta hice galletas para ellas y se las llevé a sus propias casas. No sospecharon nada, quedaban dormida al instante para nunca más despertar. ¡No fui mala! Te lo juro, Antonio.

El hombre se incorpora, da algunos pasos por la habitación, su respiración se ha ido calmando y ya no esquiva la mirada de la esposa. Bordea la cama, como al descuido y tropieza con el cuerpo suave de su Golden Retriever. Vuelve el horror a reflejarse en sus ojos y se tira al suelo para verificar que este respirando.

— ¡Ella está bien! ¡No le hice nada! Solo se quedó dormida cuando robó una de mis galletas. En algunas horas despertará como si nada.

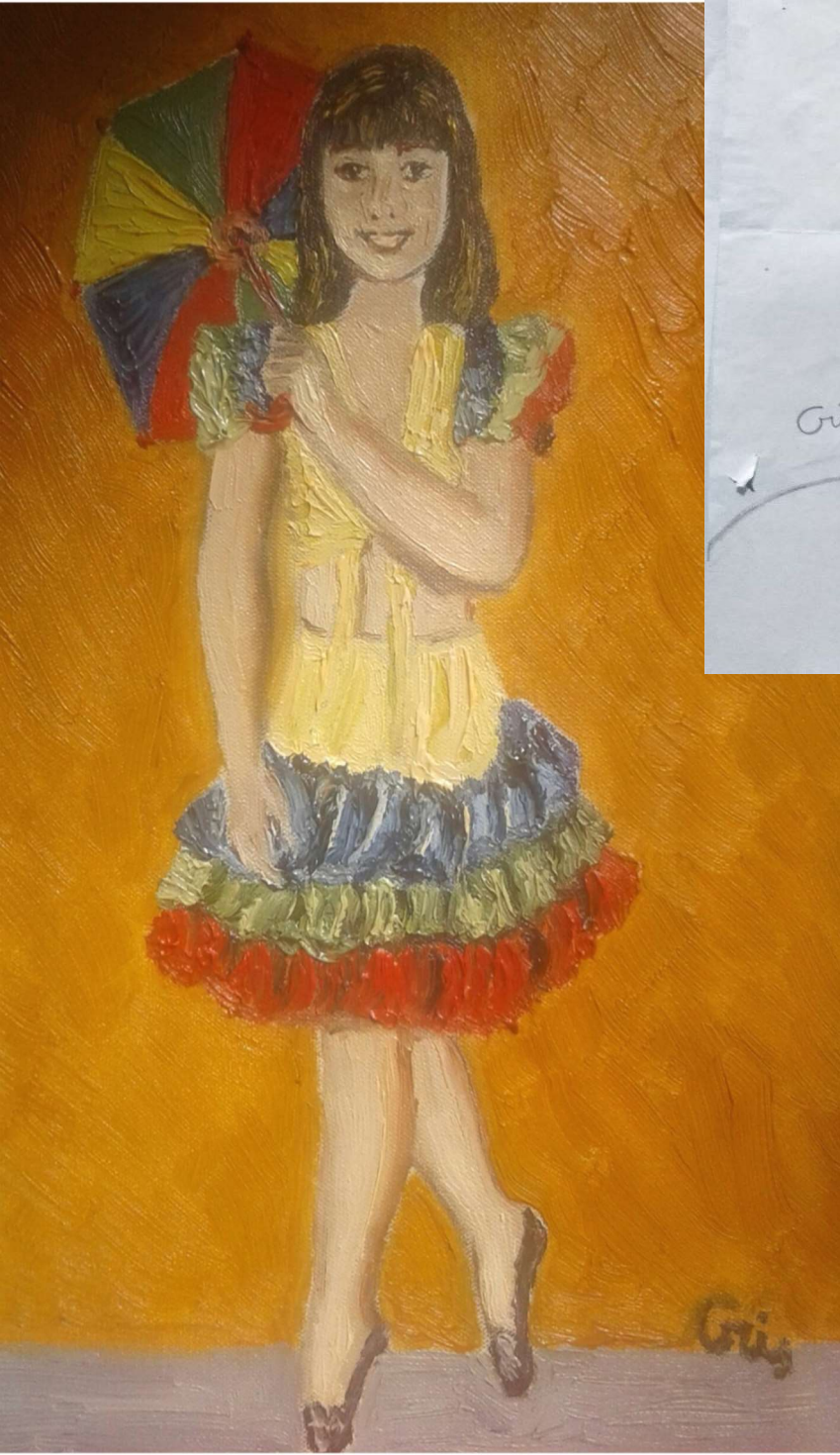
Él acaricia con suavidad el pelo sedoso de su mascota y se incorpora. Camina hacia su esposa, con las manos detrás de la espalda, pensativo.

— ¿Qué pasó con la muchacha de la gasolinera? —pregunta por fin, pegando su rostro al de ella como si fuera a besarla.

— No quiso comer mis galletas. No tuve otra opción —dice y cierra los ojos esperando sentir la boca de él—. En el fondo es excitante, ¿verdad? ¿Estás excitado ahora?

— Sí, mucho —susurra y la atrae hacia él, apretando fuerte su cintura. Ella sigue con los ojos cerrados, mordiéndose el labio y jadeando suavemente. El hombre le acaricia los brazos delgados, los recorre con suavidad hasta las muñecas, las une hacia adelante como si fuera a besarlas y de repente, cierra sobre ellas el clic seco de las esposas.

Claudia Cardinale



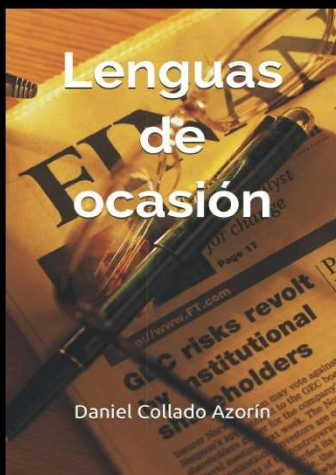
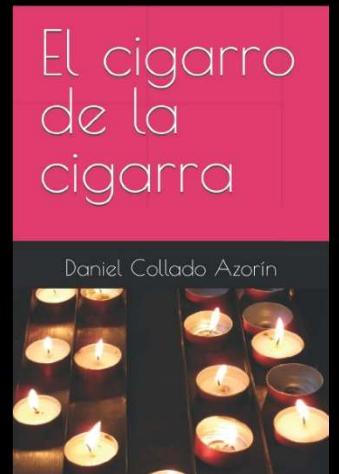
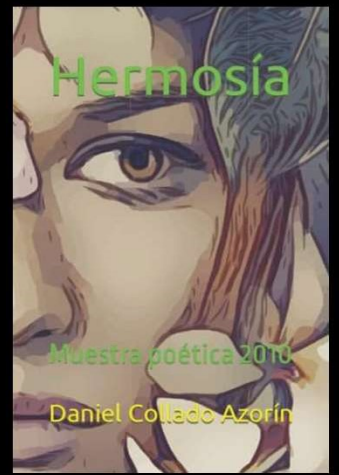
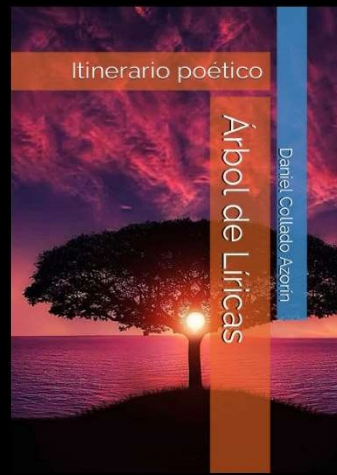
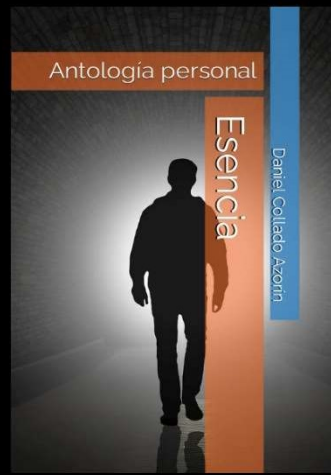
Elizabeth Taylor



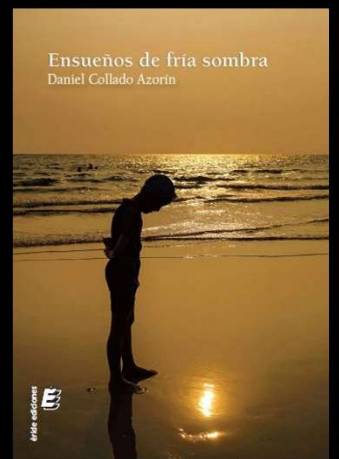
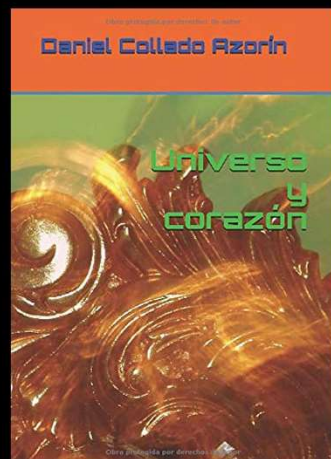
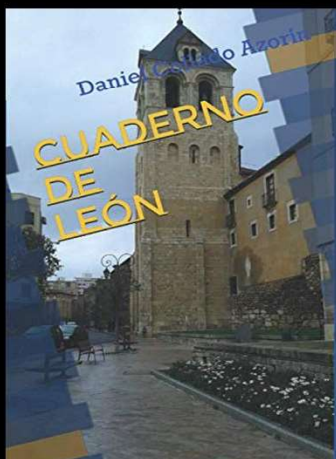
Niña alegre

El rincón de

Cristiane Ventre



escritordaniel.es



ACTA DISOLUTORIA

Alfonso Barroso Valero

Acta correspondiente a la reunión de la Coordinadora por el Logro de la Felicidad Suma a Nuestro Alcance, celebrada el día 32 de Jambriel del año 2345 de la 3a era (empezando a contar desde el principio).

Orden del día: 1. Aprobación del acta de la última reunión. 2. Temas candentes. 3. Ruegos y preguntas. Asistentes: Braulio Calamaz Preterwicz. Modera la reunión Braulio Calamaz Preterwicz, presidente de la Coordinadora. Secretario encargado de levantar acta: Braulio Calamaz Preterwicz. Comienza la reunión a las 00:32:21.

Toma la palabra el presidente de la Coordinadora, don Braulio Calamaz Preterwicz, solicitando la aprobación del acta de la reunión anterior a la presente. Tras la oportuna rectificación solicitada por don Braulio Calamaz Preterwicz, que indica que en aquella sesión dijo, en una de sus intervenciones, al referirse al señor presidente de la institución que este «debería cebar su nucia oca», en vez de «debería cerrar su sucia boca» tal y como figura, por error, en el acta, se aprueba esta por unanimidad.

A continuación, toma la palabra don Braulio Calamaz Preterwicz. En primer lugar, realiza una reflexión personal sobre los logros de la Coordinadora desde su fundación, destacando la innegable influencia de esta en la concientización de las masas para la asunción de la Guía de una Vida Plena, que no Plana, publicada por la propia editorial de la Coordinadora y de la que ya se alcanza la trigésimo cuarta edición (sin incluir las de bolsillo, las digitales, los audiolibros y las versiones por transferencia neuronal).

Toma el relevo en el uso de la palabra don Braulio Calamaz Preterwicz. Aprovecha el turno para sumarse a las congratulaciones del presidente. A continuación realiza una serie de críticas a la gestión de este, reprochándole, a saber: la falta de verbo fluido del máximo representante de la Coordinadora; la escasa promoción que esta ha tenido más allá de nuestro planeta; la permanente transferencia de capital de la Coordinadora, así como de la Fundación adscrita, a cuentas personales del presidente; el tremendo error estratégico a la hora de invertir parte del patrimonio de la institución en bonos interplanetarios que, a la postre y como se preveía, dieron unos pírricos rendimientos, devaluando así irresponsablemente el valor de la entidad; el desacertado patrocinio del Club Deportivo Atmosférico, equipo que no ha conseguido hasta el día de hoy pasar de la cuarta división planetaria; además de otras decenas de reconvenciones que no figuran en este documento por falta de ganas del secretario y escasez de batería del Dispositivo de Comunicación Integrado en el que redacta la presente acta.

Turno de réplica para el presidente de la Coordinadora, don Braulio Calamaz Preterwicz. Por una parte, reconoce que su vocabulario, en efecto, no es demasiado amplio ni su expresión excesivamente clara, pero que su intención es siempre pura; además, sale al paso de las acusaciones sobre la escasa repercusión de la Coordinadora, afirmando que es perfectamente constatable la presencia de esta en al menos tres sistemas galácticos, aunque en el momento de decir esto no recuerde sus nombres; respecto a la presunta, recalca esto de presunta, transferencia de fondos asegura que se trató de un encauzamiento puntual y transitorio de bienes que, en todo caso, ya ha pensado más de una y dos veces, incluso, reingresar; el asunto de los bonos planetarios, reconoce, le pilló por completo, aunque

la culpa fue a la postre de su cuñado que le aseguró que aquel pelotazo era seguro y sin riesgos apreciables, al menos a corto plazo; también reconoce que el patrocinio del Club Deportivo Atmosférico no resultó todo lo beneficioso que se esperaba, pero que tiene fe en que precisamente este mismo año ascienda a la tercera categoría planetaria, incluso que realice una destacada actuación en la Copa del Sol, en la que ya se halla en octavos de final; sobre el resto de réplicas, y por el mismo motivo aducido anteriormente, el secretario no toma nota.

Toma a continuación de la palabra uno de los asistentes, don Braulio Calamaz Preterwicz. Trata de templar gaitas y clama por la moderación de los disputantes, conminando a los presentes a realizar intervenciones constructivas, dejando al margen disputas estériles y centrándose, en la medida de lo posible, en aportar ideas que permitan alcanzar los objetivos fundamentales de la Coordinadora. Ante la pregunta del presidente de esta sobre cuáles son esos objetivos mentados, el señor Braulio Calamaz Preterwicz guarda un vergonzoso silencio.

Realizado un merecido receso de tres horas, se reanuda la sesión. Toma la palabra el señor Braulio Calamaz Preterwicz. Pregunta al presidente de la Coordinadora si contempla en un futuro cercano convocar elecciones a la presidencia, tal y como estipulan los estatutos ha de hacerse cada cinco años, a lo que el señor presidente, don Braulio Calamaz Preterwicz responde que no le consta.

Aprovecha el presidente de la institución para anunciar la boda de su hijo Bartolomé e invitar a todos los asistentes a la reunión a la ceremonia y posterior banquete que, informa, tendrá lugar en la base lunar Céfire II. Se apuntan todos, incluido servidor al que le encantan este tipo de saraos.

Don Braulio Calamaz Preterwicz interviene a continuación para proponer que la Coordinadora cargue con el cincuenta por ciento de los gastos del casorio. El presidente agradece el gesto, aunque discrepa sobre el montante de la financiación, proponiendo que sea, como mínimo, del ochenta por ciento. Se aprueba esta última propuesta con el total de los votos menos uno, el de don Braulio Calamaz Preterwicz, que aduce unos argumentos tan enrevesados, pedantes y fuera de lugar que el secretario que de todo esto recoge acta decide, prudente y acertadamente, con modestia sea dicho, no incluirlas de ningún modo.

Agotadísimo el segundo punto del orden del día, se procede a abordar seguidamente el tercero. Toma la palabra don Braulio Calamaz Preterwicz para preguntar si sobre todo lo hablado en la presente sesión hay precedentes. Responde el presidente de la coordinadora que sí, que precedentes siempre hay, porque si no hubiera ¿cómo es que estamos todos nosotros hoy aquí reunidos?, se pregunta, ¿cómo es que hay algo y no más bien nada?, añade. A continuación, el señor Braulio Calamaz Preterwicz ruega que las próximas reuniones se realicen, a ser posible y si el tiempo acompaña, al aire libre, incluso, añade, ya por pedir, que haya también barra libre. La propuesta se acepta unánimemente y con el mayor de los entusiasmos y regocijos.

Toma a continuación la palabra el presidente de la coordinadora, don Braulio Calamaz Preterwicz. Tran inspirar profundamente tres veces, beber medio vaso de limonada y enjugarse una lagrimita que le asomaba por un lagrimal, pronuncia las palabras que aquí se transcriben, creo, que literalmente: «Queridos compañeros, ha llegado el momento que, para alguien como yo que siempre lo ha dado todo por alcanzar los objetivos con los que mi padre, fundador original de la Coordinadora por el Logro de la Felicidad Suma a Nuestro Alcance, soñó, como decía llegó el momento en que creo necesario proponer la disolución definitiva de la institución, una vez alcanzados los últimos objetivos felicitarios y desarmado definitivamente el ejército de los amargados.

Es un orgullo comprobar como nuestra querida institución ha contribuido a la más plena y completa felicidad del Género Humano, de modo que no queda más que congratularse y disfrutar de este maravilloso presente y, sin duda, ir dejando un huequito al esplendoroso futuro que nos aguarda. ¡Ya no se puede ser más feliz!». Atronadora ovación, secado de lágrimas y votación final cuyo resultado arroja la decisión unánime de secundar la disolución completa e irreversible de la Coordinadora, a partir de ahora mismo declarada inútil por realización plena de su principal objetivo: la Felicidad plena, a reventar, del Género Humano.

(Adenda: al finalizar la sesión, última de la Coordinadora por el Logro de la Felicidad Suma a Nuestro Alcance, los ya exsocios toman la decisión de fundar la Coordinadora por la Completa Felicidad Animal y Vegetal, que arranca con la elección de don Braulio Calamaz Preterwicz como primer presidente plenipotenciario).

EL TIEMPO I

Las horas en el mundo griego eran deidades agradables que siempre aparecían con el tiempo, vinculadas al crecimiento de los granos y las uvas. Los atenienses tenían nombres para las "horai": *Tahlo*, *Auxo*, *Karpo* quienes eran las protectoras del florecimiento, crecimiento y maduración, respectivamente. Ministras de Zeus, eran guardianes de la puerta del Olimpo y fomentaban la fertilidad de la tierra. Las diosas de las estaciones regulaban las fases de la manifestación de la naturaleza. *Tahlo*, la hora de la primavera, era considerada la protectora de la juventud y de los recién nacidos, en cuanto se asociaba a esta etapa del humano con el crecimiento y maduración natural. De la misma manera que *Karpo*, la hora del verano. La tercera de estas "horai", *Auxo*, la hora del otoño e invierno, complementariamente se la asociaba también a la maduración del temperamento y el crecimiento interior. Podemos deducir, a partir de la observación de la naturaleza, dado que en estas estaciones se desarrollan las raíces y se fortalece todo aquello por debajo de la tierra.

La antigua civilización ateniense asociaba la belleza, la fragancia y la salud con la prosperidad y la cohesión social. Con el tiempo, aquella cultura le atribuyó a las horas la potestad sobre la ley, el orden y la estabilidad. Hesíodo, en su *Teogonía*, las describió otorgando leyes, justicia y paz. Y las rebautizó como *Eunomia*, *Dice* e *Irene*. La primera fue diosa de la legislación, portadora de la disciplina. La segunda presidía la moral, enemiga de las falsedades y protectora de la sabia administración. Algo así como un fiscal que castiga y recompensa, pero a su vez un consultor del monarca en temas de interpretación de la justicia terrenal. También llamada *Dikaiosyne*, que se traduce como equidad. *Irene*, diosa de la paz, se la asociaba con la expansión de la civilización y la exploración del conocimiento. Para los griegos lo que estaba en armonía con las horas eran los "horarios" que significaban lo bello, mientras lo feo era "áoros", lo "anacrónico". Bello, lo que se correspondía con la justa medida. Vivir contra el tiempo para los griegos era perder la armonía con uno mismo y dejar de irradiar belleza en su vida. La edad moderna nos trajo otras "horas". Las revoluciones industriales nos permitieron dividir el día y la noche en 12 unidades de tiempo cada etapa; y la invención de relojes mecánicos nos indujeron a cuadrarlo en jornadas laborales autónomas con respecto a la luz del sol.

Sandford Fleming, ingeniero canadiense, en 1879 propuso un horario universal de 24 hs. basado en la cartografía del planeta mediante los meridianos. En 1929 casi todos los países ya habían adoptado este sistema. Paradójicamente las horas de hoy no se asocian a los ciclos naturales. No son circulares como la rotación del planeta o su recorrido alrededor del sol, como las estaciones. Y el crecimiento, prosperidad y riqueza se asocian a la aceleración de un tiempo que responde a jornadas laborales de triples turnos diarios y continuos, medidos por unidades de precisión atómica y dinamismo lineal. Les robamos el fuego a los dioses, convertimos a las horas protectoras en demonios que nos acechan. Eternamente.

Fernando Bustos Odzomek

Visite la web del editor escritordaniel.es

Volver a vivir

Ring, riinnng...el timbre de la doce llegó por fin. Mis tripas hacían rato que ya me anunciaban el mediodía. La clase de matemática se hizo eterna con los cálculos de la señorita Ana. Además, era viernes y el cuerpo lo sabía. Saludamos al Director y salimos en busca de nuestras bicicletas. El patio de la escuela, en el fondo, era de tierra y ahí estaban los bicicleteros, con los chicos apostábamos quién llegaba primero y el ganador, durante el fin de semana, podía elegir primero los jugadores para los partidos en el potrero. Julián, César, Manuel, Lucía y yo éramos inseparables. Todos habían nacido en Villa Aromito, un pueblito muy pequeño, ubicado en una llanura extensa. En cambio, yo, llegué a esta población, hace tres años cuando tenía ocho. Recuerdo cuando mi papá dio la noticia a la familia.

-¡Ya no se vive más en esta ciudad!. No se puede salir a la vereda con tanta inseguridad. Si vamos a la plaza, nos asaltan... Pero, no quiero hablar de eso, quiero contarles sobre nuestro nuevo pueblo, nuestro nuevo hogar. Queda lejos, muy lejos. Vos, Mariano vas a poder andar en bicicleta para ir a la escuela, al club. Ya no tendremos que preocuparnos por cerrar el auto o si alguien sospechoso pasa por la calle, cuando llegamos a casa.

Recuerdo que a mi mamá se le llenaron los ojos de lágrimas. Mucho fue el cambio. Al menos, Micaela, mi hermanita, fue la única que no se dio cuenta porque era una beba de tres meses. Al mes del gran anuncio, ya estábamos instalados en Villa Aromito. De la gran urba un poblado de dos mil habitantes, donde se conocían todos.

Villa Aromito nos enamoró. Nos conquistó con sus calles arboladas y de tierra. Hacíamos cinco cuadras hacia el sur, al norte o al este y la mirada se cruzaba con el campo lleno de olas verdes, de pastizales o doradas, de trigales. Si íbamos hacia el oeste, a la tardecita, te chocabas con los atardeceres más anaranjados y rojizos que te puedas imaginar. Recuerdo que lo que más extrañé fue a los abuelos y a mis amigos del cole. Pero, cuando llegué a mi nuevo tercer grado, me sentaron con Julián, un pibito muy delgado con lentes que enseguida me hizo lugar en el banco. A Juli le costaba comunicarse. Era muy tímido y yo, "como el NUEVO", no emitía palabra. Por eso, para romper el hielo, apareció Lucía con todo su encanto.

La Luchi, como la conocían todos, iluminó el salón con sus ojazos color miel y su sonrisa pícara. Su voz chillona inundó el salón e hizo las presentaciones.

- ¡Atención! Él es Mariano, el hijo del nuevo jefe de Correo de Villa Aromito, viene de la Capi.- y mirándome, me preguntó: -¿Te gusta el fútbol? ¿Sabés atajar? Porque Jorgito, nuestro arquero, se lesionó y el sábado jugamos la final con nuestro archirrival el Club Atlético Cañada Azul.

Hasta el día de hoy, no sé porqué le contesté que sí, que era mi puesto favorito. Tal vez, lo hice para agrandar al grupo, porque a decir verdad, sólo una vez había jugado un partido de fútbol.

César y Manuel creo que sospecharon de mi mentira, ya que, el sábado en los vestuarios, me miraban con desconfianza. Salimos a la cancha coreados por los cánticos de la tribuna que tiraba papelitos verdes como nuestras camisetas, mientras los de Cañada Azul, haciendo honor a su nombre llevaban equipo azul y tiraban papeles azules.

El partido se desarrolló sin problemas para mí. Mis compañeros jugaban de maravilla. Los rivales no llegaban a mi arco. Pero, en el minuto 87 cuando estábamos 1 a 0, César le cometió penal al 10 del equipo azul. En ese momento, creo que no tomé consciencia de mi

responsabilidad, ¡por suerte! Porque si no, me hacía encima. En ese instante, toda la atención estaba puesta en mí. Las miradas de toda la cancha estaban posadas en mi diminuto cuerpo. ¡Qué alivio! Detrás del arco, mi papá me dijo: [redacted] -Suenan el silbato y te patean la pelota... ¡Tirate para el lado que más te guste! Sin pensar demasiado, lo hice, el 10 pateo un bombazo, me lancé hacia la izquierda y con las puntas de mis dedos logré sacar la pelota arriba del travesaño. En un segundo, el árbitro pitó para finalizar el partido y, sin saber cómo, de repente, estaba en andas, dando la vuelta olímpica con los nuevos campeones. Me sentí un héroe. Toda la gente de Villa Aromito coreaba mi nombre. Y, así, por ese hecho puntual, formamos un grupo inseparable. Desde ese día, no me imaginé viviendo en otro lugar que no fuera ese pueblito pintoresco que me había ganado el corazón. [redacted]

Con los chicos, lo recorriamos a pie, en bici, a caballo. Disfrutamos sus calles. Pescábamos mojarritas en sus cunetas, a la hora de la siesta, o ranas, por las noches. [redacted] Explorábamos sus montes. Visitábamos el cementerio para narrar cuentos de terror. Nos escondíamos en cada rincón de su plaza. Todo era aventura... Pero, había un lugar, que cuando llegamos, nos advirtieron que no fuéramos, que ni nos acercáramos: la antigua Estación del tren. Con su estilo inglés, ese edificio resaltaba entre los enormes eucaliptos que lo rodeaban. Sus tejas estaban en mal estado, las puertas y ventanas mostraban el paso del tiempo y la falta de pintura. Los ladrillos a la vista de sus paredes se coloreaban de un verde parduzco por el moho que tenían. En el piso superior, vivía Don Marcos, el último jefe de la estación. Según las personas más ancianas del pueblo, un hombre solidario, servicial y muy alegre que amaba su profesión de ferroviario. Sin embargo, cuando el tren se alejó de las vías y ya no llegó más al pueblo, lo perdió todo: su familia, sus amigos y sus ganas de vivir. [redacted]

En la oficina de correo, donde trabajaba mi papá, apenas llegábamos al pueblo, los clientes le advirtieron que no visitemos la vieja estación porque Don Marcos había enloquecido. Apedreaba, desde lo alto de su cuarto, a los que se acercaban y, su aspecto asustaba a cualquiera. Ahora, tenía cerca de 100 años, hacía treinta que había dejado de pasar el tren y seguía vestido con su uniforme del ferrocarril. Su barba casi le llegaba a las rodillas y su mirada parecía extraviada. Sin embargo, ese viernes, con mi grupo de amigos, íbamos a desafiar la suerte. [redacted]

Habíamos cumplido los once años y ya era hora de vivir una gran aventura. Todos los sitios peligrosos del pueblo, eran juego de niños para nosotros. Ya estábamos cansados de obedecer a los mayores que nos taladraban la cabeza diciéndonos: [redacted]

-¡¡No se acerquen a la estación!! [redacted]

Por eso, ese día, a la hora de la siesta, cuando sólo las chicharras se escuchaban en Villa Aromito, fuimos hasta allí.. Todos teníamos una misión. César, era el ideólogo de esta aventura. Siempre se mostraba muy valiente y seguro en nuestras hazañas. Era nuestro líder. Según él, si abríamos las salas de la estación encontrarían parte de la historia del pueblo y sería muy divertido investigar el lugar; su amor por la Historia no le dejaba medir las consecuencias. Manuel, llevaba un llavero con montones de llaves que le había sacado a su papá que era cerrajero, para abrir la puerta. Julián, era el más asustadizo. Creo que fue por temor a que lo dejen fuera del grupo, no porque tuviera ganas de conocer la historia de su pueblo. Se quedaría afuera, de campana, mientras nosotros explorábamos el salón. En cambio, Lucía se mostraba muy ansiosa porque pensaba encontrar algún objeto romántico para terminar su cuento de amor para la clase de Literatura, su función era sacar fotos de cada cosa que viera. En cuanto a mis tareas, tenía que llevar una lupa y un cuaderno, para notar todos los objetos que fueran apareciendo y, bajarle la ansiedad a Luchi que, con su voz chillona, era capaz de arruinarnos el plan. ¡¡Menuda tarea la mía!! [redacted]

Cuando salimos del cole, decidimos ir a pie para no dejar las bicicletas en el andén y despertar sospechas. Así, a las catorce, llegamos todos sigilosamente. Después de probar unas quince llaves, pudimos entrar. La oscuridad era absoluta, por eso, hasta que nuestras pupilas se acostumbraron a ella, no se veía nada. Todo estaba lleno de polvo, pero acomodado. Había un mostrador con un sistema de comunicación muy antigua, una campana de bronce, carteles colgados con gruesas cadenas que indicaban donde quedaba la sala de espera, el lugar del equipaje y las encomiendas. Sólo se escuchaban nuestras agitadas respiraciones, y de arriba provenían los ronquidos de Don Marcos, que dormía la siesta. Ya estaba planeado que nos quedaríamos una hora, por las dudas que el jefe se despertara.

La hora nos resultó corta. Entre butacas, encomiendas sin despachar, señales ferroviarias, un espejo que cubría toda una pared y un bello reloj, hallamos una enorme colección de trenes diminutos. Estaban hechos en escalas y a pesar de la suciedad, conservaban sus colores brillantes porque se hallaban en una vitrina de madera maciza.

En plena investigación, Lucía pegó un grito capaz de despertar a la “bella durmiente”, porque había encontrado un puñado de cartas, según ella, “de amor”, que serían la inspiración para su cuento.

Justo en ese momento, cuando Luchi casi nos mata del susto, Julián asomó su cara de susto para avisarnos que ya era la hora de irnos.

Emocionados, salimos con mucho cuidado. Nos fuimos un montecito de eucaliptus, era nuestro escondite, en las afueras del pueblo. Ahí, podríamos analizar todo lo vivido.

Las fotografías tomadas con el celular mostraban un mundo extraño para nosotros.

La mayoría de los objetos nunca los habíamos visto, algunos sólo en imágenes de la compu. Luego de un rato, nos calmamos y dejamos de hablar todos a la vez, César, como buen líder, puso orden a la situación. Entonces, nos explicó los pasos a seguir... Iríamos varios días hasta limpiar la sala, siempre a la hora de la siesta porque era el momento de mayor calma en el pueblo y nos asegurábamos que Don Marcos, dormía. Así, muy emocionados nos separamos con la promesa de encontrarnos al día siguiente, a la misma hora, en la estación con escobas, plumeros, y todo tipo de objeto para sacar el polvo que escondía nuestro “tesoro”.

Día tras día, concurríamos a nuestra cita, muy emocionados porque la sala, a pesar de los años que tenía, conservaba un encanto especial. Cada objeto limpio despertaba nuestra curiosidad. Todo se veía reluciente y las horas volaban. Si hasta Juli se había animado a entrar y había dejado brillante la campana de bronce que, en otra época, anunciaba la llegada del tren a los pasajeros.

Sin embargo, una tarde cuando llegábamos algo nos llamó la atención: una ventana de la sala estaba abierta. Por eso, César que siempre encabezaba la fila, ordenó: “¡¡Cuerpo a tierra!!”. Todos le obedecemos y arrastrándonos como una serpiente al ataque, nos acercamos a la abertura. Grande fue nuestra sorpresa, cuando de a uno, asomamos nuestras cabezas y vimos a Don Marcos sentado en el centro del salón, con los ojos llenos de lágrimas... A punto de escapar de ahí, el abuelo nos vio y con un grito nos llamó: -¡¡Ustedes!! ¡¿Qué hacen espiando por esa ventana?¡Entreeeeeen!

En cámara lenta ascendimos, nuestros rostros tenían una blancura cadavérica y un sudor helado nos bañaba las frentes, a pesar de los cuarenta grados de temperatura, que anunciaban las chicharras. César, fue el primero en subir, como jefe del grupo, se sintió más responsable. De a poco, se vieron los cabellos rojizos de Manuel, las cabezas rubias de Luchi y mía, finalmente, aparecieron los lentes de “Harry Potter” de Julián que, aún haciendo esfuerzos por no desmayarse, creía que no lo lograría. De a poco, en fila india, penetramos la puerta de la estación de ferrocarril que, con tanto esmero habíamos limpiado. Al vernos entrar, Don Marcos se paró, a pesar de su vejez, conservaba una altura

considerable, lo que lo hacía más peligroso. Su barba blanquísima y espesa parecía las matas enmarañadas que suben por el monte de eucaliptus de la estación. Entonces, nos miró uno por uno, sin mediar palabra. Luego, casi con un hilo de voz nos preguntó: - ¿Qué hicieron, chiquillos? ¿Cómo pudieron hacerlo? - sus ojos estaban húmedos, sus manos temblorosas y sus piernas, apenas si lo sostenían...

Inmediatamente, César le contó nuestro proyecto... -Perdón, Jefe, perdón...

Queríamos saber sobre la historia de nuestro pueblo, cómo era cuando llegaba el tren, por eso, vinimos sin permiso a investigar la estación. Perdón, perdón... -repetía nuestro amigo. -Nada de perdón, hijos. Me devolvieron la vida. Les doy las gracias por embellecer mi mundo. Cada rincón, cada objeto de esta estación guarda una historia. Cuando desapareció el tren creí enloquecer- dijo entre sollozos. - Hoy, gracias a ustedes, puedo recobrar la alegría de vivir..

Entonces, al ver a Don Marcos tan contento, me animé y le dije:

-Queremos hacer un museo y que usted le cuente a todos los habitantes de Villa Aromito, sus historias.

Así fue que, el abuelo nos abrió los brazos y nos dimos un abrazo apretadito porque sin querer le habíamos devuelto la vida. A los pocos días del encuentro con Don Marcos, el intendente declaró de INTERÉS CULTURAL la estación y Don Marcos era el jefe del Nuevo Museo del Ferrocarril de Villa Aromito.

Finalmente, mis amigos y yo, los aventureros, recibimos un diploma de honor por haber ayudado a un ciudadano ilustre y por recuperar un sitio histórico para todos los habitantes de ese pueblo maravilloso que me recibió con los brazos abiertos y, pronto se convirtió en mi lugar en el mundo.

TETÉ ESPERANZA



2023/8/18 20:52

Cedá, Una Historia Confidencial

Argentina

"Si se robasen un poquito menos"

Mi próxima misión fué en Buenos Aires, Argentina, un lugar que conocía muy bien ya que allí había nacido. Mis abuelos emigraron de la Europa del Este y del Medio Oriente a principios del siglo XX en busca de "mejores tierras," cuando Sudamérica prometía ser un paraíso. Yo era, por lo tanto, segunda generación de argentinos.

Esta vez era para participar en un programa para familias adoptivas que se llevaba a cabo en el Hospital Pirovano del barrio de Constitución de la Capital Federal. Mi trabajo consistía en facilitar grupos de apoyo para padres que habían adoptado a sus hijos, y grupos de hijos adoptivos. *"Los hijos de la panza y los hijos del corazón,"* los llamábamos. Se discutían en esos grupos temas sobre cómo explicarles a los niños que eran adoptados, cómo responder a las preguntas sobre los padres biológicos, el daño que causa el mantener secretos, el abandono, habilidades de crianza, manejo de conductas difíciles, etcétera. Era un programa piloto que, de acuerdo a los resultados, se replicaría en otros centros de salud del país.

Este proyecto no era doloroso como alguno de los anteriores. Inspiraba amor y esperanza. Darles un hogar a esos niños me parecía simplemente hermoso y merecía todo mi respeto. *"Antes de estas clases,"* me dijo una vez un papá, *"yo pensaba que mis hijos tenían que comportarse para hacerme la vida menos difícil a mí. Ahora entiendo que es al revés. Es mi misión es hacerles la vida fácil a ellos."*

El recuerdo de esas palabras me sigue provocando piel de gallina hasta el día de hoy. Si sólo un pequeño porcentaje de padres comprendiera esa verdad, que bueno que sería para todos. Argentina siempre me inspiró un sentimiento de profunda frustración y tristeza. Un país con recursos naturales en abundancia y poseedor de una geografía muy extensa que abarcaba todos los climas y lugares maravillosos, desde los mágicos Andes hasta la bellísima costa atlántica, desde las imponentes Cataratas del Iguazú hasta el sobrecogedor glaciar Perito Moreno. Un territorio casi despoblado a no ser por un manojito de ciudades, sin ningún conflicto con otros países, con una efervescencia cultural maravillosa, y carente de tensiones raciales de ninguna naturaleza. En resumen, un país con todo lo necesario para ser una potencia mundial. Pero, sin embargo, un país en el que es muy difícil vivir por estar sumergido en crisis crónicas, alternando siempre entre dictaduras militares y frágiles democracias vulnerables a las mafias de turno que lo controlan todo, desde los ferrocarriles hasta el tráfico de estupefacientes.

"Si se robasen un poquito menos," decía un personaje de la televisión de los años 70, *"qué bien que estaríamos."* De repente desapareció y nunca se supo más de él. Tuve tiempo para disfrutar de unos de mis paseos favoritos en Buenos Aires: La Costanera. Siempre me atrajeron los lugares abiertos y en contacto con naturaleza. No hay muchos de esos en una ciudad densamente poblada como la Capital Federal, llena de edificios y con intenso movimiento de tráfico y de personas las 24 horas del día. Una ciudad que "no duerme nunca," como se la llama. Están El Rosedal, que siempre me resultó artificial, "de plástico," Puerto Madero, un lugar invadido por las elites financieras y de negocios, el zoológico, un paseo que siempre me resultó muy triste, y el botánico.

Unos momentos frente al río, tan ancho que no se ve la costa de enfrente, me hacían sentir que renovaba el aire de mi cuerpo. Además, la Costanera tenía una gran ventaja sobre los lugares que nombré anteriormente: las parrillas, restaurantes donde se sirven las mejores carnes al estilo argentino. De todos los lugares que visité, sólo en Sudamérica asan la carne como debe ser: los mejores cortes adobados únicamente con un poco de sal, a fuego lento en parrillas de carbón. Sin las salsas o los condimentos con los que arruinan el sabor de la carne en otras partes del globo.

Crucé la avenida y entré en Los Patitos, un restaurante que yo solía frecuentar en mi juventud. Me senté en la barra de frente al río, y como había sido mi costumbre, ordené un sándwich de vacío y una ensalada de berro, apio, remolacha y zanahoria, manjares que disfruté enormemente.

Al finalizar mi misión me quedé unos días en Buenos Aires visitando a familiares y algún que otro amigo de la juventud que me quedaban, con los que recordé viejas historias y discutí aspectos trascendentales de la vida. Y también con alguna novia del pasado. Es muy especial reencontrarse con un viejo amor, una mezcla de revivir lo que fué y disfrutar el presente sin la presión de lo que será. Me es difícil encontrar las palabras justas. Pero sí puedo decir que es muy lindo, simple y mágicamente lindo. Y también me deleité disfrutando hasta el hartazgo el mejor helado del mundo. Dejé Buenos Aires con la sensación de un "Adiós." Ya no volvería. Jamás.

(Continuará)

Dany Adatto

Convocatoria

Rincón de la patria chica

La revista de creación literaria y gráfica Caminante prosigue, en forma mensual, con 32 páginas a todo color. Ahora queremos saber desde donde nos lees o escribes. Mándanos una fotografía tuya en un lugar de tu lugar de residencia o país, con la portada de la revista. La publicaremos junto con unas líneas que nos escribas en esta misma sección. El archivo puede ser jpg, tiff o pdf. Resolución la de la cámara. Incluye un archivo de datos con tu fecha de nacimiento nombre completo y lugar de residencia. Al final del curso 2023/2024 daremos un premio de un premio de 50 euros y tres de 20 euros a las más simpáticas. Pero procura que se vez bien la Revista Y TÚ MISMO CON ELLA. (TENDRÁS QUE IMPRIMIR LA PORTADA)

Un abrazo para el camino

DANIEL COLLADO AZORÍN

BIOARTIST

Daniel Collado Azorín -Madrid,1970
Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense. Es autor de seis poemarios: *Ensueños de fría sombra* (2012), *Universo y corazón* (2016), *Cuaderno de León* (2017), *Antiguo, los poemas del cajón* (2018), *El cigarro de la cigarra* (2018) y *Alguien está en el silencio* (2022). Tiene tres antologías de sus versos: *Árbol de Líricas, Esencia, y Hermosía* (2023)

En prosa tiene editados un libro de relatos, *Todos eran mis alumnos* (2007) y una colección de retales periodísticos titulada *Lenguas de ocasión* (2021). *Tequerucho de Montijo* (2022) es su tercer trabajo en prosa. Edita la Revista de creación literaria y gráfica *Caminante*. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista *Sentimientos invisibles*. Es socio de la Asociación de Escritores de Madrid (AEM) y de la Asociación Poética Cervantina.

Su página web es

escritordaniel.es



ALEGRÍA

“Mentanegra”

Ahora ya, sin pesos, en el alma,
que me agobien,
con pies ligeros como de aire,
como, de vuelo, de pájaro veloz,
como de viento, como de nadie...
voy, caminando, por el camino que yo
elijo,
con libertad de pararme donde quiero.

Ahora, ya, respiro sin desconsuelo.

En mi retina se dibujan, más nitidos,
los colores,
la realidad se vuelve tangible,
y los amores.

Ahora ya,
no quiero ataduras que me aprisionen.

Como de luces, sí,
como de soles,
como de plenitud y de sonrisas,
como canciones. 1

Soñando, a veces, voy por la senda,
tan tranquila,
descubro, con mi sorpresa,
la sencillez de lo pequeño,
cosas bonitas...
sueño.

Y me recreo en cualquier rincón
que se ofrece al paso,
no me adelanto al acontecer
que me trae el día,
yo soy paciente,
siempre le aguardo.



Alguien para ti

Aun cuando traspases ese espejismo
y rompas mi coraza,
Aun cuando derrotes a mis demonios,
y dormites en mis entrañas,
Aun estando de mi lado
y abrazándome la espalda,
Cuando pase todo eso,
seguiré siendo alguien.
Alguien a quien no conoces del todo,
aunque por saber no te quede nada,
Aun cuando me habites en la memoria
y no quede piel que besar,
seré alguien a quien tengas que descifrar.
Alguien por quien tengas un cariño
inmensurable,
pero simplemente alguien al final.

Isabel Arroyo Anguita



Me desnudo y me ofrezco

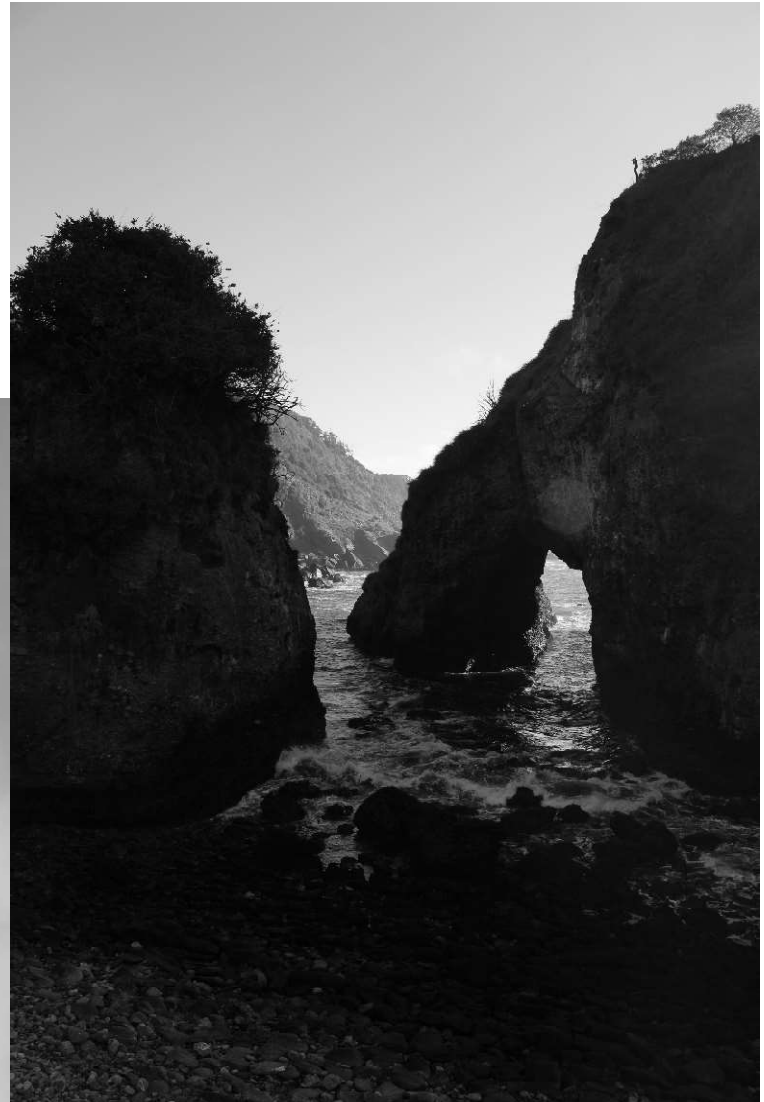
Me desnudo y me ofrezco
como carroña a mis enemigos.
Algunos son dentados
como los chacales de lomo negro de Namibia
y se avalanzan sobre mi cuerpo
y desgarran mi carne
y arrastran mis entrañas y las devoran
como hombres.
Otros son alados,
como los buitres del viejo mundo,
y atisban mi cadáver desde las alturas
como atisban los de las reses
y otros son impensables,
como las tortugas de agua dulce
a las que nadie espera engullendo
un pez vivo.
Sean quienes sean
roen mis huesos, defecan mis órganos,
lamen la cuenca vacía de mi corazón
y aún así
no les parezco suficiente.

Begoña M. Rueda

**Visite la web del editor
Escritordaniel.es**

Pilolcura

VÍCTOR HUGO
TOLEDO (Chile)



Perlas del mañana

segundos antes de morir quisiera
 saborear lo que la vida diera
 que en el anochecer galante,
 brille como un diamante,
 ante la posibilidad distante
 de un efímero instante
 mas no perderme en mi dolor
 llevado por el dolor tan solo
 sino descubrir de primera
 la sombra de tu semblante
 al saber, ya no estoy solo...

Claudia Izquierdo

La culpa

Un martillo me golpea el pecho
 quebrándome el ánimo.
 La culpa abre sesión,
 explico lo sucedido sin abogado
 y me pide que encuentre un fallo
 y otro, y otro...
 lo vuelvo a contar
 pero cambiando los parámetros,
 y me pide que encuentre un fallo
 y otro, y otro...
 y así hasta altas horas de la mañana
 sin una respuesta que alivie.
 Es mi cuerpo el que cae primero
 derrotado ante el cansancio.
 Pido un receso...

Un martillo me golpea el pecho.

Valentina Creus

Algunhas baleas

sinto como o frío tronza as palabras que
 nunca dixeran
 non estou na auga pero advirto a súa presión
 na cara interna das coxas
 - aínda hai areal ata ti-
 coñezo esta praia como a lúa escura
 que sombrea o teu mar
 nela, os castelos de area sempre remataban
 coa celebración da conquista
 sobre o meu corpo
 ningún cuspe era mais salgado que o teu
 sabías estrañamente a espuma varada
 dicías "non abras os ollos ata chegar ao ceo" e
 entón ladeábaseme a meixela ata o encontro
 cunha pupila en chama
 dicías,
 "un guía é aquel que confunde a certeza,
 estás disposta a seguirme?"
 -pero eu ao igual que algunhas baleas guíome
 da memoria
 para cazar-

Mar Pazos

AHORA QUE

Ahora que mi cuerpo se rompe en mil pedazos
ahora que mi paso comienza a ser cansino,
ahora que mi mente se muestra confundida
y que mis ojos no avistan bien las cosas...
ahora que mis manos no tienen tanta fuerza
ahora que mis músculos son débiles y laxos,
después que el narcisismo me ha puesto de
rodillas
y que hacer el amor, es solo una metáfora...
asoma en mis entrañas una especie de euforia,
de rescatar acciones, que no consideraba,

atreverme a decir lo que jamás he dicho,
llorar hasta el cansancio, hasta agotar las
lágrimas,
reír a carcajadas con total insolencia;
pronunciar en voz alta, lo que antes
balbuceaba,
efectuar con pasión lo que hacía con desidia,
exhortar mis ideas, con coraje y audacia;
desarrollar proyectos aun siendo utopías,
perdurar resistente; incluso en la falacia;
disolver el rencor que ha habitado mi alma,
dar por finiquitado, el dolor que me ha herido,
ser más benevolente aún con el malvado,
ambicionar el bien, a los que me aborrecen,
procurar comprender al que piensa distinto,
no sentenciar a nadie, por sus fallas o errores,
ser capaz de observar más allá de mis ojos,
y comprender al fin, que somos terrenales...

MIRNA PAZ VIOLA



Como pájaros desorientados
a punto de levantar vuelo,
rebuscan mis manos las ternuras
en retales de vida que se fueron.

Temores en la mente,
desorden en el corazón,
confusión en los oídos,
lágrimas de arena y frío;
tambaleantes los pies,
¡catoratas de pasos sin sentido!

A dónde vas, susurran los senderos.
Qué persigues, inquiere un sauce añejo.
Camino hacia ese cielo de agua
con nubes de terciopelo como nidos...

Zulma Martínez

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

SUSANA LÓPEZ ESPINOSA

D'ESO D'AHÍ (RAFA CORDERO)

PREMIADOS DEL CONCURSO DE

ILUSTRACIÓN CAMINANTE 2023

CONCHA MORA OLMEDO

AYELEN

LEO AIONSO

DRAGON MAIKEL

EL RINCÓN DE CRISTIANE

CABECITA DE GATO FRANCÉS

ISAAC SALAS ARBE

FRANCISCO ROBLES

FRANK JOE

DANY ADATTO

RINCÓN DE LA PATRIA CHICA

HUGO DÍAZ

VALENTINA CREUS

JOSÉ VICENTE YAGO

SUSANA FABREGAT

M^a CARMEN MARRUECOS A.

CESAR ALFONSO VIÑAS

REYNALDO BERNAL CÁRDENAS

SOL KLICZKOWSKI

ALICIA RUIZ PASCUAL

ANDREA FERRIS

MARTINA DONDERO

ADRIANA E. QUINTANA

Cielo de agua